

JORGE COLONNA



LOS CRÍMENES
DE CASTELAR

NOTA DEL AUTOR:
Los personajes de esta novela son ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.
Jorge Colonna, 2014

“LOS CRÍMENES DE CASTELAR”

CAPÍTULO (I): GATILLO FÁCIL

- ¡Nos matan como a moscas!– exclamó indignado el sargento Bustos. - Asesinan a un policía cada día y no pasa nada, pero si apretamos a un malandra nos crucifican por violar los derechos humanos. Todos se quejan de la inseguridad, pero los policías tenemos las manos atadas. ¡Al crimen hay que combatirlo con mano dura y tolerancia cero! -concluyó.

Su esposa lo escuchó en silencio, con la cabeza baja. No era el momento de manifestar su aprensión por esa otra violencia, la institucional, conocida como “gatillo fácil”. Mientras tanto, en un rincón de la humilde vivienda, con la mirada perdida, el hijo de ambos intentaba no prestar atención a la escena, hasta que –hartó- se levantó, tomó un abrigo y salió a la calle.

Poco después, con su uniforme reglamentario, Bustos se dirigió a la comisaría, para comenzar su extensa jornada nocturna.

La noche de Castelar estaba tachonada de violencia. Como en el resto del conurbano, la inseguridad era una cruda realidad: asaltos y crímenes habían modificado los hábitos cotidianos y restringido la actividad social. La gente vivía alterada, nerviosa y en perpetuo estado de alerta, desconfiando de todo y de todos.

Mientras un viento gélido arremolinaba la suciedad del andén, el policía descendió hacia el oscuro pasadizo subterráneo que a esa hora de la madrugada era refugio de pequeños traficantes, a quienes les exigía dinero a cambio de protección. De pronto, escuchó disparos e intuyó peligro: una sombra encapuchada corría hacia él. Con instintiva rapidez, Bustos desenfundó e hizo fuego. Al ver rodar el cuerpo del sospechoso, ni una mueca alteró su rostro. El pasadizo estaba oscuro y un encapuchado boca abajo era igual a cualquier otro. De a poco, comenzó a presentir que el cadáver le resultaba familiar. Dio vuelta el cuerpo con la punta del pie, encendió la linterna y descubrió la cara de su hijo.

Sin tiempo para sentimentalismos, decidió modificar la escena del crimen. Recogió y guardó el casquillo disparado por su arma reglamentaria y el plomo que había atravesado a la víctima. Sacó de entre sus ropas un viejo revólver -requisado días antes, pero no declarado- y disparó contra el cadáver de su hijo, exactamente en el mismo orificio dejado por el primer proyectil. El policía limpió sus impresiones digitales del viejo revólver y lo arrojó en un rincón del pasadizo, para que esa supuesta arma homicida fuera encontrada. Finalmente, tras recargar su Browning, se comunicó con la comisaría e informó

el hallazgo de un cadáver con un balazo en el pecho. En tono dramático agregó: -Es mi hijo.

Al día siguiente la noticia fue tapa en los medios de la zona:

LA VOZ DEL OESTE

Apareció muerto un adolescente. Se trata de Marcelo Bustos, de 17 años. Fue encontrado con un disparo en el pecho, en el túnel de la estación Castelar del ferrocarril Sarmiento. Si bien se desconoce el móvil del asesinato, fuentes policiales no descartan que se trate de una venganza, dado que su padre es policía de la provincia de Buenos Aires.

CRÓNICA DE MORÓN

Maldita inseguridad: asesinan al hijo de un oficial de la Bonaerense. Marcelo Bustos, de 17 años, recibió un balazo en el pecho. Su madre, Mercedes, exclamó: "Quiero ver muerto al asesino de mi hijo, porque me lo mataron como a un perro". Además, pidió que los derechos humanos sean "para todos y no solamente para los delincuentes".

La causa por homicidio está a cargo de la Unidad Funcional de Instrucción 5, del Departamento Judicial de Morón.

FM CASTELAR

Organizada por la ONG "Familiares de víctimas de la violencia" y encabezada por Mercedes Mazzini de Bustos, madre de Marcelo, se realizó la marcha para pedir más seguridad. En la Plaza de Morón, cientos de vecinos reclamaron medidas urgentes por parte de las autoridades municipales, provinciales y nacionales, porque "la inseguridad no es una sensación, sino una realidad" y "los delincuentes entran por una puerta y salen por la otra". En este caso paradójico, la víctima era hijo de un integrante de las fuerzas de seguridad.

CASTELAR DIGITAL:

Fuentes generalmente bien informadas vinculan la muerte del joven Marcelo Bustos con un posible caso de "gatillo fácil".

CAPÍTULO (II): UNA HOJA EN LA TORMENTA

Una hoja en la tormenta, arrastrada por el viento, sin dirección ni significado, eso era yo. Sin trabajo, privado de ejercer mi vocación, estaba hundido en una profunda crisis.

Mi historia, como la de muchos periodistas de mi generación, se había forjado en las salas de redacción, y estaba impregnada por el olor a tinta y el ruido de las máquinas en los talleres de imprenta. Yo era un fanático del oficio y mi máximo placer consistía en compartir un café en ese ambiente de participación, mientras discutíamos los temas a incluir en la edición del día

siguiente. Éramos autodidactas, con una adicción profesional por la lectura y su confrontación con la realidad. La tecnología aún no había reemplazado a nuestra libreta de notas, ni nuestra ética había sucumbido en el altar de las primicias. Sabíamos que, además de informar, nuestro trabajo ayudaba a formar opinión en los lectores. Durante todos esos años, en mayor o menor grado, el poder político y económico ejerció algún tipo de censura. Los gobernantes –demócratas, autoritarios o dictadores- siempre se han preocupado por evitar que la prensa publicara sus trapos sucios. Como periodistas, nuestro mayor desafío era desempeñar la profesión con dignidad, defendiendo la libertad de expresión y evitando la autocensura. Pero no éramos profesionales independientes. Trabajábamos para un patrón y su propia ética era la que regía los destinos del periódico. Si el patrón claudicaba, los periodistas –y nuestras verdades- quedábamos en la calle.

Aún en plena crisis, y llevado por el optimismo de algún pensamiento mágico, intenté ingresar en otras redacciones, pero comprobé que –en época de censura- nadie se atrevía a contratar a un periodista en desgracia. Ante estos nuevos fracasos volví a quebrarme. Finalmente, con resignación fatalista evité exponerme a la desilusión de nuevos rechazos. Sentía vergüenza de mostrarme y postularme; prefería estar aislado, escondido de los demás. Como el inválido que busca un compañero en su desgracia, yo busqué refugio en la lectura. Pasaba los días leyendo, especialmente textos de Rodolfo Walsh, Osvaldo Soriano, Tomás Eloy Martínez y Gabriel García Márquez, esos grandes escritores que reconocían al periodismo escrito como un género literario. Cierta noche, en esa zona ambigua entre el sueño y la vigilia, me pregunté porqué aún no me había animado a imitar su salto a la literatura desde el trampolín del periodismo. Como todo cronista que se precie, yo atesoraba invalores archivos, con temas que me hubiera gustado profundizar y que esperaban mi atención. Cuando sonó el despertador, estaba soñando que acababa de publicar una "ficción periodística" o "novela testimonio", una suerte de versión criolla de *"Atrapado sin salida"*.

El paso siguiente fue dejar constancia escrita de esa trama onírica. Para iniciar esta experiencia introspectiva, liberé la imaginación y ejercité mi predisposición a fantasear. Entonces, sentí que la hoja en blanco – agobiada por mis crónicas de actualidad- había estado esperando esta nueva forma de expresión: el relato novelado de un hecho real. En este caso: mi experiencia en un manicomio.

Gradualmente, sin más ayuda que la intuición, me interné en el campo de la ficción y, por momentos, el acto creativo se transformó en una visión mágica, como si los relatos fluyeran a través de mí, al margen de la voluntad.

Con perseverancia, buscaba las esquivas palabras que reflejaran con fidelidad y sencillez aquello que deseaba expresar. Pero pronto descubrí que este lúdico proceso creativo necesitaba realimentarse con la realidad.

Como primer paso, busqué, releí y tomé nota de los artículos periodísticos que yo mismo había publicado sobre hospitales psiquiátricos. Pero pronto comprendí que aquella vieja información requería un baño de actualidad. Fue entonces que decidí regresar al asilo.

CAPÍTULO (III): ATRAPADO SIN SALIDA

Los primeros rayos de sol comenzaban a trasponer aquel paredón alambrado, típico de cárceles o manicomios. De este lado del muro, todo era desidia, abandono y tristeza. El depósito de alienados en el que estaba alojado tenía las paredes destruidas por la humedad y un piso hediondo. Los internos de ese pabellón dormían apiñados para combatir el frío.

Aquella noche Bustos no había podido dormir. Bajo la única lamparita encendida en el lúgubre ambiente, continuaba releyendo –una y otra vez- la nota publicada en un viejo diario. *“La Unión Vecinal de Castelar manifiesta su más enérgico repudio al brutal accionar de la policía local en otro acto de “gatillo fácil” perpetuado en nuestra ciudad y donde fuera baleado y muerto el joven Marcelo Bustos, de 17 años”.*

En su solicitada, los vecinos también exigían a las autoridades competentes el cabal cumplimiento de los Derechos Humanos y de la Constitución Nacional, y la inmediata recuperación del ejercicio de la fuerza bajo parámetros de una sociedad democrática, relevando a los responsables jerárquicos y facilitando los medios para que la Justicia pueda esclarecer estos hechos y castigar a los culpables”.

- Los que redactaron esta nota deben estar contentos –pensó el ex policía. –la Justicia actuó, me juzgó y condenó, tal como ellos pedían. Acá estoy, encerrado, aislado, maltratado, hambreado y sometido a las torturas de las duchas frías y el electroshock. Un castigo excesivo para cualquiera, excepto para mí. Porque nada puede ser peor que el sentimiento de culpa, esta angustia que me atormenta desde la maldita tragedia y que me acompañará durante el resto de mi vida. Ningún juez puede ser más severo y escrupuloso que mi conciencia, porque no hay peor castigo que estar condenado a vivir recordando que maté a mi hijo.

Ahora, a través del vidrio roto de una ventana protegida por barrotes, Bustos prestaba atención al cielo del amanecer. Aquella era una mañana especial y él estaba atento al transcurso del tiempo. Ese día le permitirían salir al parque y volver a recibir visitas.

Llegada la hora, y aún acompañado por un celador, redescubrió el verdor de esos jardines que no podía ver desde las ventanas de su pabellón. Luego, se sorprendió al comprobar que el visitante no era un familiar ni un amigo, sino un desconocido. Un hombre llamativamente miope, con unos gruesos lentes de numerosas dioptrías.

- Me llamo Domecq, soy periodista y estoy escribiendo sobre los neurosiquiátricos -se presentó el recién llegado.

- ¿Y? -preguntó el interno.

- Hace unos años trabajé en el caso Giubileo, ocurrido aquí, en Luján, y ahora la defensoría me autorizó a hablar con los internos. Entre otros, con usted.

- ¿Y por qué yo?

- Porque juega ajedrez. Pensé que mientras hablábamos podríamos jugar una partidita.

- Entonces, sí.

- ¿Usted juega con otros internos o con los enfermeros?

- No. Solo contra mí mismo.

- ¿Cómo es eso?

- Bueno, muevo una pieza y luego giro el tablero y muevo otra del otro lado.

- ¡Lindo yeite, siempre gana usted!

- O siempre pierdo. Depende de cómo se mire.

- Parece un argumento medio berreta.

- ¡Ojo! Soy loco pero no tonto.

- Loco tampoco.

- ¿Entonces qué soy?

- Un interno de un instituto de salud mental.

- ¿Qué clase de periodista es usted que necesita tantas palabras para reemplazar a otra tan clara y simple como “Loco”.

- Es que...

- Dígame. En la calle, cuando lo encierra un colectivero, usted le dice “esposo de mujer infiel” o le grita “cornudo”.

- Jajaja.

- Y puede ser peor. Se imagina a los Borrachos del Tablón gritándole al referí: “hijo de mujer que se prostituye” en lugar del contundente: “hijo de puta”.

- Tiene razón. Ya el gomía Fontanarrosa abogaba por una amnistía para las malas palabras.

- Correcto.

- Bueno. ¿En qué estábamos?

- Hablábamos de ajedrez.

- Cierto. Acá traje un tablero de viaje.

- Qué bueno. Al mío le faltan piezas y las reemplacé por tapitas de botella.

- Como en casa tengo otros juegos de ajedrez, cuando terminemos la partida se puede quedar con éste.

- Gracias, me voy a poner “loco” de contento.

- Jajaja. De acuerdo. Comience usted con las blancas.

- 1. e4. ¿De qué quiere hablar?

- 1. .../ c5. Tal vez del hacinamiento, de la mugre, de los matasanos...

- 2. Cf3. ¡No! No vale la pena hablar de eso. Siempre fue y será así. Es parte del castigo.

- 2. .../ d6. ¿Castigo? ¿Acaso no está acá para recibir tratamiento y curarse?

- 3. d4. ¡No! No es así. Yo soy un buen ejemplo. Era policía. Un rati de gatillo fácil que por error mató a un inocente. Para peor modifiqué la escena del crimen y me descubrieron. Ante el eventual escándalo, las autoridades se apresuraron a darme de baja por insano y ordenaron mi internación en este manicomio, que es peor que una cárcel. Es un terrible lugar de castigo. Merecido en mi caso, pero una injusticia aberrante para los verdaderos enfermos mentales.

- 3. .../ cxd4. ¿Entonces, de qué quiere hablar?

- 4. Cxd4. De las salidas transitorias.

- 4. .../ Cf6. ¿Por qué?

- 5. Cc3. ¡Porque no quieren que salgamos!

- 5. .../ a6. ¿Por qué?

- 6. h3. Porque tienen miedo de que hablemos. Porque los locos decimos la verdad. ¿Quiere que le cuente?

- 6. .../ b5. Por supuesto. Lo escucho.

- 7. Cd5. Hace unos meses, dada mi evolución y adaptación, me autorizaron las salidas transitorias, ese tipo de libertad condicional que me permitiría ganar unos mangos, comprarme comida decente, tal vez un abrigo y quizás puchos. Si bien, en los últimos años, mi único laburo había sido limpiar los baños del asilo -y gratis-, afuera podría hacer lo mismo pero cobrando. Cuando llegó el día de mi primera salida, un celador me acompañó hasta la puerta y me dijo que si a las 6 de la tarde no había regresado llamaría a la policía. Pero, con tantos chorros sueltos, me resultaba ridículo pensar que la yuta iba a perder tiempo buscando a un colega en desgracia que habría incumplido una formalidad burocrática del loquero. -¿No le parece absurdo?

- 7. .../ Ab7. Sí.

- 8. Cxf6+ .¡Jaque!

- 8. .../ gxf6. ¡Qué farabute! ¿Se cree Fisher?

- 9. c4 . Es que usted se distrae con el chamuyo.

- 9. .../ bxc4 . ¿Y cómo le fue en ese día libre?

- 10. Axc4. Ya en la calle, mi imagen de ciruja -barba larga y desprolija, cara demacrada, ojos hundidos, ropa vieja y arrugada- molestaba a la gente, asustaba a los chicos y hasta enojaba a los perros. Ese día aprendí a no mencionar mi internación en un asilo mental, era preferible dar como referencia cualquier otro hospital y hasta la cárcel. Finalmente, tras varios rechazos, la dueña de una parrilla me permitió ayudarla a descargar un acoplado con leña, a cambio de un choripán. Como la señora quedó satisfecha, después lavé pisos y baños, a cambio de más comida.

- 10. .../ Axe4. Nada mal por ser su primer día.

- 11. 0-0. No. Pero como solo fue un trueque, volví al asilo tal como había salido, sin un centavo y sin ningún caramelo barato para mis compañeros. Solo traje el goce de un día en libertad.

- 11. .../ d5. ¿Y al día siguiente?

- 12. Te1. Durante varios días, laburé en la parrilla. Con mis primeros mangos me corté el pelo, me afeité, me compré ropa de trabajo, fagos y hasta golosinas para repartir acá.

En ese preciso instante, los interrumpió el timbre que anunciaba el fin del exiguo horario de visitas. – Justo estaba por contarle el doble crimen de Castelar -dijo Bustos.

- ¡Qué bronca! Pero mañana vuelvo –se apuró a responder Domecq y agregó: - Quédese con el tablero, pero déjeme copiar la posición para seguir evaluándola en casa.

- ¿No se mandará la avivada de consultar a la computadora?

- ¿Acaso tengo pinta de chanta? ¡Hasta mañana!

CAPÍTULO (IV): DOBLE CRIMEN

Al día siguiente, a la misma hora, los hombres volvieron a encontrarse en el parque del hospicio.

- ¡Cuénteme del doble crimen de Castelar –pidió Domecq.
- No sea tan ansioso. Primero continuemos con el ajedrez -

respondió Bustos.

Con cierta desilusión, el periodista reconstruyó la posición final de la partida del día anterior, limpió sus gruesos anteojos e hizo su movida:

- 12. .../ e5.

- 13. Da4+. ¡Jaque! –dijo Bustos y, mientras su oponente analizaba esa movida arriesgada, retomó el relato pendiente. - Unas semanas después de haber comenzado a trabajar en la parrilla, la dueña me ofreció quedarme durante las noches, como sereno. Por supuesto iba a aceptar, pero primero le conté la verdad. -Fui policía –le dije- pero me dieron de baja por gatillo fácil y pasé los últimos años internado en un instituto de salud mental.

Ante mi confesión, ella respondió que no le importaban mis antecedentes, porque el trabajo de sereno no implicaba usar armas. A lo sumo, si los perros no lograran persuadir a los delincuentes, yo debería llamar al 911. Eso sería todo.

Entusiasmado, volví al asilo, hablé con mi celador, y pedí autorización para dormir fuera del hospital. Él propuso gestionar ante su superior un permiso para pasar solo un rato por el instituto, pero todos los días, sin falta, para firmar una planilla. Aprovechando mi alegría, me aclaró que aquel favor no era gratis. Yo tenía que darle la mitad de mis ingresos.

- 13. .../ Cd7. ¡Qué hijo de puta! ¿Y usted qué hizo?

- 14. Tx4. Acepté. En la parrilla tendría casa y comida decente, y con el celador solo iba a compartir los pocos mangos que me iban a dar en efectivo.

- 14. .../ dx4. Es cierto.

- 15. Cf5. Fue así que me acostumbré a laburar de noche y apoliar de día.

- 15. .../ Ac5. Como los murciélagos.

- 16. Cg7+. ¡Jaque! Me acostaba a las 10 de la mañana, cuando llegaba el parrillero, y me levantaba a las 4 ó 5 de la tarde. Iba a firmar al hospital. Volvía y colaboraba en las tareas generales y a la noche, cuando la dueña se iba a dormir, recomenzaba mi turno de sereno.

- 16. .../ Re7. Cuénteme algo de la fulana.

- 17. Cf5+. ¡Jaque! Preste atención a la partida que lo estoy haciendo de goma.

- 17. .../ Re8 . Creo que ya estoy en el horno, por ahora no abandono, pero estoy más interesado en su culebrón que en la partida.

- 18. Ae3.

Entonces, Bustos contó que la dueña de la parrilla se llamaba Caron Jones y era una viuda de edad indefinida. Descendiente de los colonos galeses que fundaron Trevelin. Lugar donde nació, se educó y trabajó gran parte de su vida, como enfermera. Este contacto directo con gente sufrida parecía haber desarrollado su conocimiento de la naturaleza humana. Se había

casado con un exportador de lana y no tuvo hijos. Durante una de las tantas crisis económicas, la exportadora de lanas quebró y se mudaron a Luján, donde su marido abrió una parrilla especializada en cordero patagónico. Al enviudar, ella continuó con la parrilla, sobre la Ruta 7. Como todos los solitarios, tiene un hobby: las novelas de enigma y misterio, en especial las de Agatha Christie.

-18.../ Axe3. Imagino que le habrá intrigado la historia de este cana encerrado en un loquero –dijo Domecq.

- 19. fxe3. ¡Por supuesto! Ese fue nuestro primer tema de conversación.

- 19. .../ Db6. - ¿Y después?

- 20. Td1. Durante el día tenía puesto Crónica TV, porque era lo que preferían sus clientes. Muchos de los crímenes, o hechos de violencia que mostraban, ella los comentaba conmigo.

- 20. .../ Ta7 . ¿Coincidían?

- 21. Td6 . A veces sí, a veces no.

- 21.../ Dd8. El diálogo entre dos que piensan igual puede resultar monótono –acotó el periodista.

- 22. Db3 . Yo creo que a los dos nos interesaba lo que decía el otro.

- 22. .../ Dc7. ¡Qué bien!

- 23. Axf7+ . ¡Jaque!

- 23. .../ Rd8 . ¡Epa! Parece que mi Rey está más cerca del arpa que del acordeón.

- 24. Ae6 . ¿Y ahora?

- 24. .../ Abandono. ¡Lo felicito!-dijo Domecq, estirando la mano para saludar a su vencedor.

- ¿Ahora me cree que soy loco pero no tonto? -preguntó Bustos, mientras le estrechaba la mano al periodista.

- Por supuesto. Aunque, en realidad, solo le ha ganado a un jovato miope.

Terminada la partida de ajedrez, Domecq sugirió:

- Por favor, continúe con lo que estaba contando.

- OK. Como Caron se acostaba tarde, luego de cerrar el local, a menudo nos quedábamos mirando películas, generalmente policiales. Cierta noche vimos “Zodiac” basada en un caso real, investigado en el libro homónimo escrito por Robert Graysmith. Ahí se narra la búsqueda del “asesino del Zodíaco”, autor de una serie de crímenes, en el norte de California, durante las décadas del ‘60 y del ‘70, sin que pudiera ser atrapado. Fue entonces que comenté ciertas coincidencias entre ese film y un doble asesinato, en Castelar, que la bonaerense aún no había descifrado.

Caron se mostró escéptica y me preguntó si yo realmente creía que alguien estaba repitiendo aquí los crímenes cometidos allá. Cuando le confirmé que esa era mi teoría, ella dijo que yo veía demasiado cine y que estaba fusionando las películas “Copycat” y “Zodiac”. En mi defensa, argumenté que “Copycat” estaba muy bien documentada y había logrado demostrar que numerosos asesinatos fueron cometidos recreando escenas de crímenes anteriores. Caron insistió en que esas imitaciones eran muy poco probables en el mundo real, y yo le repondí que -a veces- la realidad supera a

la ficción. Finalmente, ella manifestó que -si bien le encantaba la ficción- era una mujer lo suficientemente cuerda como para no mezclarla con la realidad. Para distender la situación yo dije que esa era una limitación de los cuerdos, pero que -gracias a la asociación libre -los locos expresamos todos nuestros pensamientos, recuerdos y sentimientos tal como se nos presentan, sin ningún tipo de filtro.

Cuando mi patrona dio por terminada la conversación y se fue a dormir, me aclaró que me había contratado como sereno y no como “guionista”.

Una vez que ella se retiró, ingresé a Internet para buscar el libro de Graysmith, con los datos de la investigación original sobre el asesino serial de California.

- ¿Consiguió ese libro? -preguntó Domecq.

- Si, por *Mercado Libre*. Y en un par de días lo terminé -respondió

Bustos.

- ¿Había diferencias con la película?

- Lo fundamental es que en el film faltaban muchos detalles, además el director forzó algunos hechos para no dejar un final tan angustiosamente abierto como en la realidad.

- Pero...¿encontró coincidencias con el doble crimen de Castelar?

- Sin dudas. Justificó mis presunciones.

En ese momento sonó un timbre, dando por terminado el horario de visitas.

- ¡Justo ahora! -exclamó Domecq.- ¿Hay que darle bola al horario?

- ¡Sí! Acá nos tratan a cara de perro. Además, ya sabe dónde encontrarme. No me voy a escapar -bromeó Bustos.- Si le interesa seguir la charla, y vuelve, tengo muchas anotaciones para compartir.

Los hombres se abrazaron como viejos amigos y Domecq se comprometió a regresar al día siguiente, trayendo el equipo de mate y bizcochos de grasa.

- Si llega a pasar cerca de la parrilla Ruta 7, me gustaría que le avise a la señora Caron que ya me permiten recibir visitas.

- Con gusto. ¡Hasta mañana!

CAPÍTULO (V): CARON JONES

Pocos minutos después de salir del manicomio, Domecq detenía su auto frente al restaurant Ruta 7. A esa hora de la tarde todavía estaba cerrado, pero el parrillero ya había comenzado a encender el fuego para la cena. El periodista golpeó el vidrio y –sin abrir la puerta- el empleado le preguntó qué quería.

- Tengo un mensaje para la señora Caron Jones.

- ¿De parte de quién?

- Soy amigo de Bustos.

Al rato, apareció una mujer de unos 50 años, mucho más interesante de lo que Bustos había dejado trascender. Rubia, con el cabello recogido, tez blanca con mejillas pecosas, ojos azules de mirada severa, delgada y esbelta.

Apenas ella entreabrió la puerta, él se presentó: -Mi apellido es Domecq, soy periodista, estoy escribiendo un libro sobre los neurosiquiátricos y acabo de entrevistar a Bustos...

- Pase, por favor -lo interrumpió ella y agregó: - Estaba por tomar un té, ¿quiere acompañarme?

- Por supuesto, aunque ya hace rato que pasaron las "five o'clock" -dijo en tono de broma.

- Yo soy galesa no inglesa -respondió ella, casi recriminándolo. Y agregó: - ¿Qué novedades tiene de Bustos?

- Ya le permiten recibir visitas y me pidió que le avisara.

- ¿Qué le contó de mí? -preguntó ella, tratando de descifrar la mirada de su interlocutor tras aquellos gruesos lentes.

- Que usted lo ayudó, dándole trabajo.

- Sí. No me resultó fácil, pero valió la pena. Una mañana llegó el camión de leña y -luego de desenganchar el acoplado- el chofer se retiró hasta el día siguiente. Quedaba entonces la agotadora tarea de descargarlo. Si bien era trabajo del parrillero, como no estaba el ayudante, yo comencé a darle una mano. Entonces apareció una colaboración impensada. Un personaje estafalario, flaco, barbudo y mal entrazado se ofreció para ayudar a cambio de comida. Sin demasiadas esperanzas, y casi por lástima, accedí y el desconocido cumplió razonablemente bien. Luego, al ver el desesperado placer con que el pobre hombre comía un choripan, le ofrecí realizar otras tareas. Cerca del mediodía, cuando comenzaron a llegar los clientes, decidí dar por terminada su jornada. Luego, mientras él ya devoraba una parrillada, le propuse volver la mañana siguiente para comenzar a ganarse unos pesos.

Así, durante varios días, Bustos vino a trabajar. De a poco fue mejorando su apariencia: se afeitó, se cortó el pelo y se compró ropa.

Unas semanas después, le propuse quedarse durante las noches en el restaurant, como sereno. Entonces me contó la causa de su reclusión en el asilo. Supongo que usted ya lo sabe.

- Sí, un caso catalogado como "gatillo fácil".

- Exacto. Pero tanto tiempo encerrado, sin visitas de familiares ni amigos, le permitió desarrollar su introspección. Resultaba interesante hablar con él. Hasta que comenzó a obsesionarse con "Zodíac". - ¿Le habló del caso?

- Me mencionó que vio la película y propuso contarme lo que le aportó la lectura del libro.

- Bueno. Entonces no quiero influenciarlo. Sería mejor que usted lo escuche y saque sus propias conclusiones. Pero lo cierto es que con ese tema se obsesionó a tal punto que volvieron a internarlo, aislado, como en un principio. - ¿Quiere otra porción de torta galesa? -dijo Caron, cambiando de tema.

- Gracias, pero mis gatos me esperan.

- ¿No tiene quién se los cuide?

- No. Soy un solitario.

CAPÍTULO (VI): MATE AMARGO

A la mañana siguiente, acostumbrado a comenzar el día mateando, Domecq se dirigió a la cocina. Apenas encendió la luz, uno de sus gatos se le acercó. Otro, cómodamente apoltronado en una vieja silla, lo miraba indiferente. El tercero continuaba escondido bajo un armario, pero la cola delataba su presencia.

El jubilado puso a calentar agua y encendió el televisor. Las imágenes del noticiero eran las habituales: protestas, violencia y corrupción. Pero lo sorprendió que justo ese día, 17 de junio, se cumpliera otro aniversario de la desaparición de la doctora Giubileo, acaecida en la misma colonia neuropsiquiátrica de Luján en que estaba internado Bustos. Aquella misteriosa desaparición, supuestamente relacionada con el tráfico de órganos de los indefensos internos, sigue aún sin ser aclarada pese a que ya transcurrieron tres décadas.

Después de cebarse unos amargos, Domecq puso sobre la mesada tres recipientes plásticos de distinto color, vertió alimento balanceado en cada uno de ellos y les agregó similares cantidades de carne picada cruda. Uno de los gatos, dosificando con inteligencia sus propias energías, sin mover la cabeza, orientaba sus orejas hacia los ruidos que producía el dueño de casa. Otro, más distante, mostraba su interés ronroneando y moviendo la cola lenta y acompasadamente. El tercero se limitó a bostezar, seguro de que –como siempre- sería bien atendido. Finalmente, Domecq depositó los tres recipientes sobre el piso de la cocina, alejados entre sí, y regresó al baño para darse una ducha.

Tras manejar 70 kms bajo una pertinaz llovizna, El periodista llegó a Luján. A causa del clima, las visitas estaban constreñidas a un frío y húmedo salón. Sentado cerca de una de las ventanas descubrió a Bustos, quien había tomado el recaudo de reservarle una de las escasas sillas.

- Sin mesa, imposible jugar al ajedrez -dijo Domecq, a modo de saludo.

- Es una buena excusa para que no le de otra biaba -retrucó Bustos, y preguntó: -¿No se habrá olvidado el mate y los bizcochos?

-Soy viejo y chicato pero no estoy gagá- respondió Domecq, y ambos rieron.

Mientras cargaba con yerba una típica calabaza con virola plateada, el periodista preguntó:

-¿Ese es el libro de “Zodiac”?

-Sí. Y también traje mis apuntes.

- OK. Soy todo orejas.

- En principio quiero señalarle las semejanzas que encontré entre “Zodiac” de California y lo sucedido en Castelar: se trata de crímenes dobles, en los que el móvil de robo fue descartado. Además, en ambos casos, las víctimas fueron una pareja de jóvenes, a las que el asesino les disparó, a medianoche, mientras conversaban dentro de un auto estacionado en una zona tipo “villa cariño”. Es decir, con poco tránsito y frecuentada por parejas.

-Si me permite hacer de abogado del diablo, deberíamos reconocer que –además del caso de Castelar- debe haber muchos otros antecedentes de parejas asesinadas en circunstancias similares.

-Por supuesto, pero lo que distingue al Zodiaco de California es que el asesino serial llamó personalmente a la policía, informando haber matado a esas dos personas y señalando con precisión dónde se encontraba el vehículo en cuyo interior permanecían los cadáveres. Además, reconoció que ya había matado antes.

- ¿Y en el caso de Castelar sucedió lo mismo?-preguntó, sorprendido, Domecq.

- No y sí -respondió Bustos.

- ¿Cómo?

- Mire. Cuando Caron me hizo la misma pregunta que usted, yo tuve que responder: -No. Porque –hasta ese día- ningún medio de comunicación había mencionado esa posible llamada.

- Y eso que los canales sensacionalistas se enteran antes que los fiscales y jueces -acotó Domecq.

- Cierto. Pero mi respuesta a Caron, aquel día, fue que si bien hasta ese momento no había noticias de la eventual comunicación del asesino, eso no implicaba que la llamada no se hubiera hecho.

- Tampoco implica lo contrario.

- No. Pero estamos en Argentina y hay miles de avisos al 911 que nadie se ocupa de analizar y mucho menos de notificar a sus superiores.

- ¿Aún en caso de asesinato? -preguntó Domecq mientras inclinaba el mate y lo zarandeaba para que la yerba en polvo quedara en la superficie.

- La negligencia no tiene límites. Pero, para ser piadosos, podríamos reconocer que hay muchas llamadas sin sentido y aún de mala fe. Además, siempre están los boludos que hacen bromas telefónicas.

- Bueno, pero la hipótesis de que la comunicación del asesino hubiera podido existir, no alcanza para probar que realmente existió.

- Correcto. Por eso le dije a Caron que iba a investigar si existió.

- ¿Usted mismo?

- Sí, yo y mis contactos profesionales.

- ¿Qué opinó Caron?

- Que era una “locura”.

- Coincidió nuevamente con ella.

- Al coincidir me dan la razón.

- ¿Por qué?

- Porque cualquier persona “normal” -a la que le hubiera pasado por la cabeza un razonamiento similar al mío- se hubiera bloqueado ante el temor de hacer el ridículo. Esa es la terrible autocensura de los cuerdos. En cambio, en mi caso, ¿qué le hace una mancha más al tigre?

Domecq no pudo evitar la risa, y debió hacer malabarismos para que el agua caliente del termo siguiera fluyendo hacia el interior del mate y no sobre la mano que sostenía la calabaza. -¿Entonces?

- Entonces comencé a contactar a mis antiguos colegas policiales. Pero nunca imaginé que todos reaccionarían tan mal.

- ¿Qué le respondieron?

- Que con el kilombo que había con el tema inseguridad, lo único

que faltaba era el asesoramiento de un loco.

- Aunque no la comparto, no deja de ser una respuesta lógica.

- Por eso tuve que ocuparme personalmente. Aún en contra de la insistencia de Caron, que me sugería no arriesgar la tranquilidad de esta etapa de mi vida.

- ¿Qué lo motivó a hacer algo así?

- No sé. ¿Acaso yo le pregunté qué lo motivó a venir al manicomio para entrevistar a este loco?

- Touché. ¿Y logró averiguar algo? -continuó Domecq, mientras introducía la bombilla en el costado del mate con menos yerba.

- Si bien no pude acceder al archivo del 911, descubrí que hubo un llamado a la comisaría de Castelar Norte.

- ¿Por el doble crimen?

- Sí.

- ¿Quién llamó?

- Fue un mensaje anónimo, avisando que había un auto con dos cadáveres.

- ¿Y usted que piensa?

- El llamado a la policía coincide con lo sucedido en California, pero la diferencia es que en Castelar el denunciante no asumió la autoría del crimen.

- Es una enorme diferencia -acotó Domecq.

- Sin dudas. Por eso intenté contactar al policía que atendió la llamada, para ver si recordaba algo más que lo que asentó en el libro de guardia.

CAPÍTULO (VII): EL BORRACHO

Como buen cebador, Domecq se tomó su tiempo para volcar el agua caliente en forma de un chorrito fino y mojar la parte seca de la yerba, incorporándola de a poco, a fin de prolongar el sabor parejo de la mateada. Luego, extendió el mate a Bustos, al tiempo que preguntaba:

- ¿Finalmente ubicó al policía que había recibido aquella llamada?

- Resultó mucho más difícil de lo que imaginé. La mayoría de mis ex colegas evitó hablar conmigo y los pocos que lo hicieron, negaron saber quién recibió la denuncia telefónica. Lo único que me confirmaron fue que el propio comisario, con su puño y letra, había dejado constancia de ese mensaje, en el libro de guardia.

- ¿Pudo hablar con el comisario?

- ¡No! Está enculado conmigo y hasta me prohibió la entrada a la seccional.

- ¿Fue el fin de su investigación?

- Ni "loco" me doy por vencido -respondió Bustos y ambos rieron como cada vez que jugaban con la semántica del loco y la locura. – Me llamó la atención que el comisario hubiera realizado una tarea administrativa propia de un subalterno. Entonces, pensé que –tal vez- ese día prestó servicio en

Castelar algún pasante o cadete temporal, que luego fue reasignado a otro destino. Pero no era el caso. Finalmente, dada mi experiencia, acoté la búsqueda al heterogéneo grupo de infractores contravencionales, que son demorados transitoriamente sin que sus nombres queden asentados.

- ¿Curdas y putas atienden el teléfono de una comisaría? – exclamó Domecq.

- Y hay cosas peores que no vienen al caso. Lo cierto es que –off de record- me enteré de que el día en cuestión estuvieron demorados en la comisaría, una morena platinada, un conocido travesti y un curda reincidente. De la platinada no obtuve ninguna otra referencia que me permitiera localizarla, en cambio el travesti frecuentaba cierto local nocturno, y el borracho –Teo- solía mendigar en la escalinata de la estación Castelar. Como de noche yo tenía que cumplir mi trabajo de sereno, focalicé la búsqueda en el curda. Pero la distancia entre Luján y Castelar, sumada a mi horario en la parrilla, redujeron mis posibilidades y demoraron el esperado encuentro. Recién una semana después, ubiqué a Teo. Reconoció haber estado infinidad de veces en esa comisaría y haber atendido el teléfono en más de una oportunidad. Afortunadamente, era borracho pero no boludo, y había tomado conciencia de la importancia de aquella trágica llamada.

Como la escalinata de la estación de trenes no era un ámbito adecuado para tales confidencias, lo invité a tomar un café y -de paso- comer algo. Luego de algunos rodeos, Teo comenzó el relato y yo tomé estas notas:

- *“Cuando atendí el teléfono escuché una voz como de robot, diciendo que había una pareja muerta dentro de un auto. Como yo me quedé mudo, el que hablaba se puso furioso, me insultó y dijo que estaba denunciando algo muy importante. Entonces, me dio una dirección y pidió que se la repitiera: “Autopista del Oeste, abajo del puente de la calle San Pedro”. - Ahora escuchá bien - me dijo. -Yo no soy un testigo. Yo maté a esos dos infelices. Y antes maté a otros dos. ¿Entendiste pelotudo, o querés ser boleta vos también? Ahí me asusté y corté. Yo estaba solo en el edificio y con un teléfono que solo servía para recibir mensajes. No podía hacer nada. Recién cuando regresó una patrulla pude contar todo. Uno de ellos, que era oficial, llamó al comisario. El capo ordenó que se comunicaran con el otro patrullero para que fueran a la dirección denunciada y que no anotaran nada en el libro de guardia. Al rato comenzó el despelote, por radio, la patrulla confirmó lo de los cadáveres. Cuando llegó el comisario, lo primero que preguntó fue si la escena del crimen estaba del lado de Castelar o de Hurlingham, porque la villa cariño de San Pedro era el límite. Le confirmaron que el auto baleado estaba del lado de Castelar y puteó por no poder zafar. Con mucha bronca hizo una serie de consultas telefónicas. Después vino a verme y me dijo: -“Olvidate del verso que le contaste al oficial, sé que siempre estás en pedo y delirás. Ahora tomátelas y no hablés de esto con nadie porque te corto las bolas”. Yo salí casi corriendo. Justo en ese momento llegaba un móvil de Crónica Tv. Hasta hoy, nunca más me preguntaron nada y yo no se lo conté a nadie. Por favor, no le diga al comisario que hablé con usted”.*

Entonces, Bustos concluyó: - En California, “Zodiac” llamó personalmente a la policía, informando haber asesinado a dos personas, señalando con precisión dónde se encontraba el vehículo con los cadáveres, y reconociendo que ya había matado antes. En Castelar, el asesino hizo

exactamente lo mismo.

Agotado por su catarsis, el ex policía miró fijamente a su interlocutor, como esperando una señal de aprobación.

Pero Domecq estaba atónito y no se animaba a hacer comentarios. El oportuno sonido del timbre, indicando el fin del horario de visitas, forzó el necesario intervalo para que el periodista pudiera retirarse y reflexionar respecto de la asombrosa punta del iceberg que Bustos acaba de poner frente a sus ojos.

CAPÍTULO (VIII): GEMELOS ASTROLÓGICOS

Tras cumplir con la rutinaria alimentación de sus gatos, Domecq recalentó una porción de tarta de verduras, sobrante del mediodía. Entonces, intuyendo una noche que podría ser especial, descorchó una botella de Malbec. Ubicó su notebook sobre la mesa de la cocina y, como en sus épocas de periodista activo, comenzó a buscar información sobre los crímenes de Zodiac, en California.

La engorrosa etapa inicial consistió en descartar los abundantes textos y videos que encaraban el tema desde la especulación o el rumor. Con rigor profesional, intentó distinguir los hechos reales diluidos entre tanta ficción, y se concentró en la confiable investigación original de Robert Graysmith. Fue entonces que se topó con una coincidencia increíble: Graysmith y él eran gemelos astrológicos, habían nacido el 17 de septiembre de 1942, bajo el perfeccionista signo de Virgo. Y la pregunta obligada era si ambos tendrían destinos similares. Por una fracción de segundo Domecq fantaseó imaginándose como futuro autor de un best seller y brindó con Malbec.

Tras un recreativo desvío por las webs de astrología, el periodista porteño retomó la búsqueda original. En 1969, cuando estalló el caso “Zodiac”, Graysmith trabajaba en el diario Crónica de San Francisco. Primero intentó descifrar las cartas codificadas escritas por el asesino, pero se obsesionó con el tema y lo investigó durante los trece años siguientes, llegando a enfrentarse con el principal sospechoso (Arthur Leigh Allen). Un best seller y varios premios internacionales fueron el reconocimiento a su perseverancia.

Los hechos acaecidos en California recién habían tomado estado público cuando el asesino serial –tras cometer su segundo crimen- reconoció la autoría de ese y otro anterior.

- Tal como me lo contó Bustos -pensó Domecq.

Por costumbre profesional, el periodista jubilado abrió un archivo en su computadora para dejar constancia de los datos relevantes. A falta de un nombre mejor, rotuló esa carpeta como “Zocas” (Zodiac de Castelar). Luego, transcribió:

“Las primeras víctimas fueron David Farraday y Betty Lou Jensen, de 17 y 16 años respectivamente, baleados el 20 de diciembre de 1968. Era una cita de la joven pareja, y se detuvieron en el cruce de Lake Herman Road, California. Poco después de las 22 hs., un hombre estacionó su

vehículo al lado de los adolescentes y -revólver en mano- comenzó a disparar sobre ellos. “Zodiac” destrozó la cabeza de David en el primer impacto y descargó cinco balas del mismo revolver en la espalda de Betty, quien había intentado huir del vehículo. Este doble crimen fue investigado por la policía de Solano, pero no se hallaron pistas dignas de seguir.”

“Las segundas víctimas también fueron una pareja de jóvenes. El 4 de julio de 1969 en Blue Rocks Spring, en las afueras de Vallejo. “Zodiac” disparó a Michael Renault Mageau de 19 años y a Darlene Ferrin de 22 años, a medianoche, mientras conversaban dentro de un automóvil”.

“Por primera vez, tras este crimen, “Zodiac” hizo pública su autoría al llamar desde una cabina telefónica a la comisaría de Vallejo, informando haber asesinado a dos personas, señalando con precisión dónde se encontraba estacionado el vehículo en cuyo interior estaban los cadáveres. Y no sólo eso, sino que –además- se atribuyó haber terminado con la vida de David y Betty, en Lake Herman Road, seis meses antes”.

A esta altura de su búsqueda, Domecq lamentó no poder contactarse con Bustos hasta el mediodía siguiente. Lo torturaba la ansiedad por saber si el borrachín, que recibió la llamada en la comisaría de Castelar Norte, había escuchado alguna precisión respecto a la fecha, lugar y víctimas del primer asesinato auto-denunciado por “Zocas”, el Zodiac local.

CAPÍTULO (IX): ZOCAS

Sin el tablero de ajedrez, ni el equipo de mate, sin siquiera llevar bizcochos, bastante antes del horario de visitas, Domecq ingresó en el loquero y se sentó en uno de los bancos disponibles en el parque.

Un buen rato después, en cuanto sonó el estricto timbre, Bustos abandonó su lúgubre pabellón y se sorprendió al ver que su visitante ya lo estaba esperando.

- ¿Pasa algo malo? -preguntó el interno.

- No, al contrario. Leí el libro de Graysmith y no solo confirmé todo lo que me dijo, sino que...

- ¿Confirmó? –interrumpió Bustos, con mal tono. -Si necesitaba confirmar lo que dije es porque no me había creído.

- Disculpe, me expresé mal. Quise decir que –al leer en el libro lo que usted ya me había contado- me di cuenta de que necesitaba hacerle una pregunta fundamental: - ¿El borracho recordaba datos del primer crimen denunciado por el asesino de Castelar?

- Por suerte sí. Era lo que yo estaba por contarle ayer, cuando sonó el timbre y usted se piantó casi sin saludar.

- Es que estaba como shockeado.

- Se notaba -agregó Bustos, ya más distendido.

- ¿Entonces? ¿Qué más dijo Zocas?

- ¿Zocas?

- Perdón. Es la abreviatura de Zodiac de Castelar.

- ¿Ya lo bautizó? ¿También registró los derechos de autor? – bromeó el interno.

- Por favor, no dormí pensando en este tema. ¡Cuénteme! –casi rogó Domecq.

- Bueno, pero si usted imaginó una respuesta explícita como *“el 20 de diciembre de 1968, en Solano, California, maté a David Farraday y Betty Lou Jensen, de 17 y 16 años respectivamente”*, tendré que desilusionarlo. Zocas –como usted lo llama- solo dijo que ya había matado en un parking.

- ¿En un parking? ¿Y usted pudo averiguar algo más?

- Con mucho esfuerzo, logré convencer al borracho de que fuéramos a contarle todo al Comisario. Nos presentamos en la seccional y pedí hablar con él, pero nos mandó decir que no perdía tiempo con locos ni con curdas, y mucho menos si venían juntos.

- ¿Entonces? -preguntó el periodista, carcomido por la ansiedad.

- Ahí se pudrió todo. Yo me enojé y empecé a gritar que iba a llamar a los noticieros para denunciar que había un asesino serial suelto y que la policía no quería ocuparse. Casi sin darme cuenta, me desperté en un calabozo, golpeado y dolorido. A la noche, me metieron en un patrullero y me trajeron de nuevo al manicomio. Además, hicieron cancelar mis salidas y me prohibieron las visitas. Después de mucho tiempo, usted fue el primero que consiguió verme.

- ¿Pero por qué semejante reacción? ¿Qué había hecho usted de malo?

- Supongo que hubo razones políticas. En período preelectoral, donde el tema inseguridad está sobre el tapete, la aparición de un asesino serial debilitaría aún más al oficialismo.

- ¿Y del borracho supo algo?

- Nada, de nada. Imposible estando yo encerrado acá e incomunicado. Por eso va a tener que ocuparse usted.

- ¿Yo? ¡Ni en joda! –exclamó Domecq abriendo sus ojos por detrás de los gruesos lentes.

- No sea careta. Usted ya no puede zafar. Si ayer no durmió intrigado por el tema, cómo va a sobrellevar la culpa de no intentar algo, sabiendo que nadie está haciendo nada, para evitar el próximo doble crimen.

- ¿Un nuevo doble asesinato?

- Sí –respondió Bustos y, tras sacar unas anotaciones de su bolsillo, leyó:

“El tercer asesinato de Zodiac fue el 27 de septiembre de 1969 en la costa del lago Berriesa, en Napa. Las víctimas fueron Bryan Calvin Hartnell de 20 años y Cecilia Ann Shepard de 22 años”.

- Pero yo...-balbuceó Domecq.

- Usted es un periodista en temas policiales. El hecho de estar jubilado no significa que haya dejado de ser un experto. Yo investigaba en base a mi instinto policíaco. Usted tiene su formación profesional y no necesito recordarle que, generalmente, los periodistas resuelven los enigmas antes que la policía.

Como Domecq no lograba salir de su asombro, Bustos agregó: -

Si no intenta hacer algo, usted será cómplice por inacción, y ese sentimiento de culpa arruinará el resto de su vida. Lo sé por experiencia. Por eso quiero sumarlo a esta patriada que podría ayudarnos a recuperar nuestra autoestima.

Luego, cambiando abruptamente de tema, preguntó:

- ¿Le llevó mi mensaje a Caron?

- Sí.

- ¿Ella va a venir a verme?

- No sé. Si quiere puedo pasar de nuevo por la parrilla y pedirle una respuesta.

Fue entonces cuando sonó la chicharra del timbre y –como nunca- se pareció a la que da por finalizado un round de boxeo.

CAPÍTULO (X): SANCHO

Al salir del manicomio, Domecq se dirigió al restaurant “Ruta 7”. El parrillero lo reconoció y lo dejó pasar. Al rato apareció Caron, luciendo un conjunto deportivo que la hacía aún más atractiva que la tarde anterior.

- ¿Viene por más torta galesa? -preguntó ella.

- Esa es una buena excusa, pero en realidad vine a hablar con usted.

- ¿Conmigo? –preguntó la viuda en tono sugerente, y agregó: - ¿De qué quiere hablar?

- De Bustos...

- ¡Ah! –interrumpió, fingiendo desilusión. - Por un momento imaginé una conversación más interesante.

- Es que Bustos quiere saber si usted va a ir a visitarlo.

- Por supuesto. Tal vez mañana, porque los lunes no abro la parrilla.

- ¿Le parece bien si paso a buscarla?

- Por supuesto. ¿Algo más?

- Sí. Como usted lo conoce mejor que yo, quería saber qué piensa de él.

- Bustos trabajó acá menos de un mes y gran parte de ese tiempo habló de “Zodiac”.

- ¡Justamente!

- ¿Entonces es una visita profesional? Solo vino a buscar datos del asesino serial -preguntó ella, mientras servía una torta galesa que olía a canela y jengibre.

- Es que Bustos me hizo un insólito pedido y tal vez se deba a que no está en su sano juicio.

- No creo que él esté loco. Las coincidencias que encontró entre los crímenes de California y Castelar son irrefutables. Pero también fueron extrañamente similares las muertes de Lincoln y Kennedy y nadie esbozó una teoría como la de Bustos, según la cual alguien estaría repitiendo en Castelar los asesinatos cometidos en California, hace cincuenta años. Esta forzada interpretación de los hechos lo indujo a iniciar esa descabellada investigación

que –como era de esperar- terminó mal: con él nuevamente encerrado en el asilo, pero en un pabellón de castigo y sin poder recibir visitas.

- ¿Por qué dice que es una teoría descabellada? -preguntó

Domecq.

- Porque Bustos aún no ha podido explicar el móvil del presunto copión vernáculo. ¿Cuál podría ser el motivo no solo para matar, sino para hacerlo repitiendo el método de “Zodiac”?

- En los asesinos seriales se da cierto patrón -argumentó el periodista. –Suelen ser psicópatas, egocéntricos, que disfrutaban obteniendo protagonismo y sembrando temor en los demás. En este caso el criminal parece estar bien informado de lo que sucedió en California y –tal vez- lo estimule la impunidad, ya que “Zodiac” nunca fue apresado.

- Veo que ya estuvo estudiando el tema- dijo ella. – Tal vez el asesino de Castelar solo esté tratando de generar un nuevo best seller. En fin, espero que usted no siga los pasos de Bustos, porque él está obsesionado con el caso y es como un encantador de serpientes que puede convencer a cualquier Sancho Panza para que lo acompañe en su quijotesca búsqueda de justicia. Para peor, en este caso los enemigos no son simples molinos de viento.

- Creo que Bustos me eligió su escudero.

- ¿Qué?

- Acaba de pedirme que continúe esa investigación.

- ¿Y usted también quiere terminar en un manicomio?

- Es que él está encerrado y yo tengo tiempo libre.

- Ese es un razonamiento de locos. Hay millones de personas con tiempo libre y no por eso se ponen a jugar a Sherlock Holmes o Philip Marlowe.

- No es un juego, es una responsabilidad.

- La responsabilidad es de la policía, no suya.

- Si todos pensarán así...

- ¿Acaso el Comisario de Castelar estaría dispuesto a escuchar a un periodista jubilado que quiere reiterarle la versión de un loco respecto de algo que le contó un borracho?

- No. No creo que me reciba y no voy a intentarlo.

- ¿Entonces, qué le hace pensar que usted podría avanzar donde Bustos fracasó?

- Confío en el periodismo. Especialmente en algún colega que trabaje en un medio de poco renombre y esté con ganas de dar el batacazo.

- Pero los periodistas de ese perfil, difícilmente compartirían con usted el mérito de una eventual investigación exitosa.

- No me interesa el reconocimiento.

- No le creo. Todo periodista sueña con ganar el Pulitzer o algún premio equivalente.

- No es mi caso, ya estoy jubilado de mente, cuerpo y alma.

- Me cuesta creerle. Además, tampoco creo en el “Llanero Solitario”. Esta investigación requiere un amplio equipo, con tiempo y recursos.

- Estoy de acuerdo, solo deseo ser el disparador.

- Mire Domecq, nuestro amigo Bustos está desesperado por reinsertarse en la sociedad y cree que -si descubre al asesino serial- él podría pasar de villano a héroe. Pero usted no arrastra una cruz como la de él y no necesita involucrarse en esta peligrosa fantochada. En fin, estoy agotada. Esta

conversación me excede. ¿La seguimos mañana?

- Por supuesto –respondió Domecq, mientras se levantaba para retirarse.

CAPÍTULO (XI): EL CRIMEN DEL PARKING

Instalar esa ducha escocesa había sido una de sus mejores decisiones. Si bien este moderno artefacto -de impoluto acero inoxidable- contrastaba con los antiguos azulejos blancos unidos por guías de masilla enmohecida por años de humedad, el confort que proporcionaban los chorros alternados de agua fría y caliente era equivalente al de un moderno spa. El vistoso manual de instrucciones mostraba en su tapa a una pareja compartiendo esa especial ducha, sin embargo ese no era el caso de Domecq. Estaba solo y –para colmo- detrás de la puerta del baño lo esperaban sus gatos, maullando impacientes por su comida.

Enfundado en su gastada bata a cuadros, se dirigió a la cocina, abrió la heladera y comprobó que no había carne para sus mascotas. Quedaba pescado pero -por instrucción del veterinario- no podía dárselo crudo y no tenía ganas de cocinar. En consecuencia, les llenó los respectivos cuencos solo con alimento balanceado y leche. Por su parte, él se conformó con un salame de campo que había comprado cerca de Luján, y algo de Malbec que aún quedaba en la botella.

En cuanto conectó su notebook, buscó datos sobre el enigmático crimen del parking que -supuestamente- Zocas había autodenunciado por teléfono. Si bien no encontró referencias locales con ese nombre, abundaban las notas sobre el doble asesinato en el shopping Plaza Oeste, más concretamente en su playa de estacionamiento, ocurrida en el mes de julio. Como las víctimas eran una pareja de origen colombiano, la pesquisa se orientó inicialmente hacia el tráfico de drogas. Las cámaras de seguridad resultaron inútiles ya que la escena del crimen se encontraba fuera de su alcance. Sin embargo, por tratarse de un doble asesinato, en una playa de estacionamiento de la zona, bien podía encuadrarse en el crimen del parking denunciado por Zocas. Luego, comparó las fechas de los homicidios. “Zodiac” había comenzado su serie en diciembre de 1968, continuando en julio del año siguiente. Por su parte, el crimen del shopping Plaza Oeste había ocurrido en julio 2013 y el de Castelar en setiembre del mismo año. Si bien se repetía el mes de julio, en un caso correspondía al segundo asesinato y en el otro, al primero. Los plazos entre los hechos tampoco se repetían, “Zodiac” había dejado pasar más de seis meses antes de volver a matar, en cambio había menos de tres meses entre los crímenes de Zocas.

Sin encontrar más puntos en común, Domecq se dedicó a incorporar a su archivo los datos del tercer asesinato de “Zodiac”.

“Lo ejecutó el 27 de septiembre de 1969 en la costa del lago Berriosa, en Napa. Las víctimas fueron Bryan Calvin Hartnell de 20 años y Cecilia Ann Shepard de 22 años”.

Al ver la fecha, el jubilado detectó inmediatamente la repetición de setiembre y retomó el razonamiento anterior, en búsqueda de coincidencias. La

serie de “Zodiac” se había concretado en los meses de diciembre, julio y setiembre, mientras que las de Zocas tuvieron lugar en julio y setiembre. Si bien la secuencia no era la misma, había dos meses que coincidían: julio y setiembre. Por un momento, el periodista devenido detective, se dejó llevar por el facilismo y concluyó: Zocas volverá a matar en diciembre.

Alentado por estas nuevas coincidencias, continuó la lectura del libro de Robert Graysmith, y descubrió que –antes del tercer doble asesinato- “Zodiac” había hecho otra llamativa jugada. De inmediato la incorporó en su archivo:

“El 1º de agosto de 1969, cartas escritas por “Zodiac” llegaron a las redacciones de tres periódicos de San Francisco. En estos comunicados confesaba la autoría de los dos dobles homicidios y exigía su difusión”.

Como es imposible mantener en secreto ese tipo de noticias, Domecq estaba convencido de que Zocas aún no se había contactado con el periodismo. Fue entonces, cuando se le ocurrió una peligrosa jugada: ganarle de mano al asesino, enviando notas falsas a los medios, tratando de hacerlo reaccionar, involucrándose en una lucha mediática.

Obviamente, el jubilado no iba a tomar esa decisión sin consultarlo con Bustos. Pero avanzó en una lista de tareas:

1. Redactar el texto falso para atribuírselo a Zocas.
2. Utilizar mails en lugar de cartas a periódicos. Por lo tanto sería necesario abrir una cuenta, como: castelar@outlook.com.ar.
3. Seleccionar los medios que recibirían los mensajes. Por ejemplo: La Voz del Oeste; Crónica de Morón; FM Castelar; Castelar Digital:
4. Enviar los mails sin dejar rastros.
5. Buscar algún cyber-locutorio muy concurrido, donde el emisor pudiera pasar inadvertido.

CAPÍTULO (XII): TRES MOSQUETEROS

Esa mañana de lunes, tal como habían acordado, Domecq pasó a buscar a Caron y –juntos- se dirigieron al asilo.

Durante el trayecto conversaron sobre la ostensible llegada de la Primavera y otras trivialidades, evitando retomar la conversación del día anterior.

Apenas habían tomado asiento en el parque cuando apareció Bustos. Éste y Caron se saludaron con una efusividad que -a los ojos de Domecq- pareció excesiva. Durante largo rato hablaron entre ellos, casi ignorando al tercero en discordia. Finalmente, Domecq los interrumpió y fue directo al grano:

-Disculpen pero no tenemos mucho tiempo. Y –mirando a Bustos, agregó: - Logré avances en la investigación.

-¿Qué descubrió? Se interesó vivamente el ex policía.

- Encontré el crimen del parking que Zocas le había denunciado al borracho.

- ¿En serio?

- Sí. Sucedió en julio, en el estacionamiento de Plaza Oeste, también en Castelar. Pero los medios lo caratularon como “El crimen del shopping”. A su vez, la bonaerense está buscando a un sicario, porque la pareja era colombiana y sospecharon de un ajuste de cuenta entre narcos.

- ¿Así que era otra pareja?

- Sí. Parecido a lo de California y a lo de Castelar –respondió

Domecq.

- ¡Tenemos que hacer algo para evitar el tercer asesinato! – exclamó Bustos, levantando la voz y mirando a sus interlocutores.

- ¿Están locos? ¿Acaso se creen superhéroes? –interrumpió Caron y agregó:

-¡Por favor, no se compliquen la vida!

- Yo estoy en deuda con la sociedad y ésta es la oportunidad para redimirme –respondió Bustos.

- Y yo no tengo nada que perder –acotó Domecq.

- ¡No cuenten conmigo! –exclamó Caron. - Yo solo vine de visita, y no para involucrarme en esta peligrosa locura.

-¿Y usted Domecq, es consciente de que vamos a meternos en algo groso? – preguntó Bustos.

- Sí.

- Entonces continuemos – dijo el ex policía, ignorando la advertencia de Caron.

- ¡Ok! También encontré que -entre el segundo y el tercer asesinato- “Zodiac” había enviado notas a varios diarios, cosa que aún no hizo Zocas –continuó Domecq..

- Lo recuerdo -dijo Bustos.

- Por eso pensé que podíamos emitir un comunicado, simulando ser Zocas, para intentar inquietarlo e inducirlo a entrar en un juego mediático, en el que podría cometer errores y dejar pistas.

- ¡Brillante! ¿Las cartas las enviaría por correo o en mano? – y, sin esperar respuesta, agregó: - Además del riesgo de las impresiones digitales, hoy las cámaras de seguridad están por todos lados.

- Yo había pensado en mandar mails.

- ¡Pero son fáciles de rastrear!- dijo el policía. – Además, aunque borre el disco fijo, los peritos pueden reconstruirlo.

- Yo pensaba enviarlo desde algún locutorio muy concurrido y con clientes de diferente perfil, utilizando una cuenta trucha que ya abrí.

- Hum- dudó Bustos.

- También imaginé un llamado telefónico, con voz distorsionada, pero me pareció peor idea –continuó el periodista.

- No. Teléfonos no. Están pinchados. Prefiero el mail, pero hay que pensarlo bien y ser muy cuidadoso. ¿Qué diría nuestro texto?

- Acá tengo el original de “Zodiac” y luego el borrador de mi propuesta:

“ME GUSTA MATAR GENTE PORQUE ES MUCHO MÁS DIVERTIDO QUE MATAR ANIMALES SALVAJES EN EL BOSQUE. PORQUE EL HOMBRE ES EL ANIMAL MÁS PELIGROSO DE TODOS. MATAR ALGO ES LA EXPERIENCIA MAS EXCITANTE. ES AUN MEJOR QUE ACOSTARSE CON UNA CHICA. Y LA MEJOR PARTE ES QUE CUANDO ME MUERA VOY A RENACER EN EL PARAÍSO Y TODOS LOS QUE HE MATADO SERÁN MIS

SUBDITOS. NO DARÉ MI NOMBRE PORQUE USTEDES TRATARÁN DE RETRASAR O DETENER MI RECOLECCIÓN DE SUBDITOS PARA MI VIDA EN EL MÁS ALLÁ".

- Es peor de lo que recordaba -dijo Bustos.

- Yo propongo lo siguiente:

"SOY EL DOBLE ASESINO DE CASTELAR: MATÉ EN EL SHOPPING Y EN LA CALLE SAN PEDRO, PERO LA POLICÍA LO OCULTA. SI NO PUBLICAN ESTE MENSAJE EN PRIMERA PÁGINA, VOLVERÉ A MATAR".

- La base está bien, pero debemos tener cuidado con las formas - dijo el policía. Los asesinos casi nunca se ocupan de comas, dos puntos o comillas. Además parece que lo estamos bautizando "el asesino de Castelar" pero deberíamos dejar que él elija su apodo, porque esa puede ser una buena pista. Tampoco repetiría palabras ya usadas por "Zodiac". Por último, prefiero no decir que volvería a matar, aunque coincido en que debe haber una amenaza.

- Tras teclear en su notebook, Domecq leyó el nuevo texto:

"MATÉ EN EL SHOPPING DE CASTELAR Y EN LA CALLE SAN PEDRO PERO LA POLICÍA LO OCULTA. SI NO PUBLICAN ESTE MENSAJE SE ARREPENTIRÁN."

- Ahora me parece bien- dijo Bustos mirando a Caron, quien escuchaba como quien oye llover.

Cuando el timbre ya indicaba el fin del horario de visitas, Bustos dijo:

- Entonces... ¿usted se ocupa?

- Sí. Y de yapa le comparto una corazonada: creo que Zocas volverá a matar en diciembre.

- ¿Y recién ahora me lo dice? – le reprochó.

- Mañana vengo y se lo cuento. Pero primero voy a enviar los mails:

- Tenga cuidado, no sea que termine usted también enjaulado.

Domecq le respondió con un abrazo, mientras Caron -quien ya se había levantado y caminaba hacia la salida- lo saludaba haciendo un desganado gesto con la mano.

En el trayecto hasta el restaurant "Ruta 7" los ocupantes del viejo Peugeot permanecieron en silencio. Al llegar, Caron se bajó sin decir palabra y repitió el lánguido gesto de despedida. Domecq la miró partir y balbuceó:- ¡Hasta pronto! –aunque parecía más adecuado un: -¡Hasta nunca!

CAPÍTULO (XIII): AMENAZAS

- ¡Nunca se demoró tanto! ¿Vendrá o se habrá cagado en las patas? Todavía no lo junó bien. Yo puse todas las cartas sobre la mesa. Le conté mis lacras. Hasta la muerte de mi hijo. Largué el rollo y él puso la oreja. Pero de su vida dijo poco y nada. Es periodista jubilado. ¿Y...? ¿Qué me conturisi? ¿Será confiable? ¡Qué sé yo! Tal vez no debí contarle tantas cosas.

¿Y si se borró, cómo sigo?

En ese momento, cuando la impaciencia de Bustos ya rozaba la irritación, apareció Domecq.

- ¿Justo hoy llega tarde? -lo recriminó en mal tono.

- Es que había un piquete.

- ¡No me venga con sanatas! -interrumpió Bustos. - ¿Mandó los mails?

- Sí.

- ¿A quiénes?

- A los diarios “La Voz del Oeste” y “Crónica de Morón”, a la radio “FM Castelar” y al portal “Castelar Digital”.

- ¿Reacciones? –continuó Bustos con su interrogatorio.

- En el caso de los diarios tenemos que esperar a las ediciones de mañana. En cuanto a la FM, tuve la radio encendida en casa y durante el viaje pero no escuché ninguna mención.

- ¡Cagones de mierda! -vociferó el ex policía.

- Pero en “Castelar Digital” subieron el mail -lo tranquilizó

Domecq, mostrándole su notebook.

- ¡Muéstreme! –casi ordenó.

En su página de inicio, el portal mostraba el siguiente mensaje:

NOTA EDITORIAL: En el día de la fecha hemos recibido una amenaza y dimos inmediata participación a las autoridades competentes. Pero, por razones de fuerza mayor, nos vemos obligados a publicarla:

“MATÉ EN EL SHOPPING DE CASTELAR Y EN LA CALLE SAN PEDRO PERO LA POLICÍA LO OCULTA. SI NO PUBLICAN ESTE MENSAJE SE ARREPENTIRÁN.”

- Como ve, ya logramos que alguien lo publicara. Creo que ahora se animarán a hacerlo los otros -dijo Domecq. - De ahí en más la noticia debería ser levantada por los medios masivos, en especial los sensacionalistas.

- Posiblemente. Pero lo importante es que Zocas reaccione y hable.

- ¿Quiere que le cuente mi teoría del tercer crimen? –preguntó el periodista.

- Obvio. Lo escucho.

- Como usted recordará, los crímenes de “Zodiac” comenzaron en diciembre de 1968 y continuaron en julio y setiembre del año siguiente. A su vez, los de Zocas tuvieron lugar en julio y setiembre. Si bien la secuencia no es la misma, hay dos meses que coinciden: julio y setiembre. Por lo tanto, si realmente quisiera repetir la serie de California en Castelar, Zocas volvería a matar en diciembre.

- Es un buen razonamiento, aunque la secuencia no es la misma. Pero, si es un verdadero “Copycat”, antes de diciembre Zocas debería mandar un mensaje a los diarios.

- Es lo que pienso.

- ¿Por qué no consulta de nuevo la web de “Castelar Digital”? -pidió Bustos.

- A ver...-comenzó Domecq, y de pronto exclamó:- ¡El asesino contestó!

Con ansiedad adolescente, los dos hombres leyeron el mensaje:

“BASTA DE MENTIRAS. YO SOY EL VERDADERO AUTOR DE LOS DOBLES ASESINATOS DE CASTELAR. EL MENSAJE ANTERIOR ES UNA DESESPERADA MANIOBRA PARA APROPIARSE DE MI EXCITANTE EXPERIENCIA DE MATAR. NO DOY MI NOMBRE PORQUE INTENTARÁN RETRASAR O DETENER MI PRÓXIMO CRIMEN”

- ¡Repite palabras de “Zodiac”! -dijo Bustos, con entusiasmo.
- ¡Sí! –exclamó Domecq, y agregó: “Matar es la experiencia más excitante” es una frase repetida.

- Y también copia lo de “retrasar o detener” su serie criminal – agregó Bustos.

- Zocas mordió nuestro anzuelo -festejó el periodista.
- En realidad, por ahora, solo logramos que un desconocido asumiera la responsabilidad de los dos dobles crímenes de Castelar y se comunicara imitando los textos de “Zodiac”.

- ¿Le parece poco? –dijo Domecq.
- Es que la información que conseguimos solo aumenta nuestro temor por un tercer crimen, sin darnos una pista para poder evitarlo.

- Tal vez la pista esté en “Castelar Digital”.
- ¡Tiene razón! ¡Hay que rastrear el mail de Zocas! –reconoció el ex policía, y agregó: - Usted debería ir ya para hablar con el dueño o el editor.

- Creo que es la misma persona.
- ¡Mejor aún!
- ¿Puedo mencionar que somos autores del primer mail? - preguntó Domecq.

- Depende de las circunstancias, aunque posiblemente sea inevitable. Lo dejo a su criterio, pero recuerde que podemos quedar pegados.

Esta vez no fue necesario que sonara el timbre para dar por terminada la visita. Los hombres se abrazaron y –mientras Bustos se quedaba reflexionando en el parque- el periodista caminó hasta su viejo Peugeot. Evitando pasar por el restaurant “Ruta 7”, ingresó al Acceso Oeste, en dirección a Castelar.

CAPÍTULO (XIV): CASTELAR DIGITAL

Media hora después de dejar Luján, Domecq ya estaba frente a la sede de “Castelar Digital”, en San Pedro y Arias. Inevitablemente, asoció San Pedro con la ubicación del último doble crimen. Era la misma calle, pero a diez cuadras de distancia. Tocó timbre en el portero eléctrico y se presentó como periodista. En cuando le abrieron la puerta de entrada al edificio, subió en el ascensor hasta el tercer piso. Ahí lo recibió Gabriel, el joven titular de aquel medio de comunicación. Cuando Domecq le comentó que estaba investigando las coincidencias entre los dos dobles asesinatos ocurridos en Castelar y otros similares acaecidos en California, Gabriel mencionó que recordaba la película “Zodiaco”.

- Yo vendría a ser la versión criolla y miope de Robert Graysmith. Es más, somos gemelos astrológicos.

1942.

- ¿Nacieron el mismo día del mismo mes? -preguntó Gabriel:
- Y del mismo año -agregó Domecq. – El 17 de septiembre de

periodista, sorprendido por el tuteo.

- ¡Qué casualidad! ¿En qué te puedo ayudar?
- Necesito rastrear el mail de Zocas -respondió el veterano
- ¿Zocas?
- Abreviatura de “Zodiac de Castelar” – es el apodo que le puse.
- Está bueno. Pero no puedo tocar la computadora hasta que llegue la policía y revise los dos mensajes.
- Pero sólo el segundo mail sería del criminal- dijo Domecq.
- Eso dice el texto, pero la justicia deberá confirmarlo o no.

La chicharra del portero eléctrico los interrumpió. El dueño de casa atendió y luego dijo: - Ya llegó la policía, están subiendo.

- ¿Puedo quedarme a ver el procedimiento? -pidió Domecq.
- ¿En carácter de qué? –preguntó Gabriel.
- Ésta es mi credencial de periodista y te propongo compartir la información que ya tengo de esta investigación.
- Cuando la limosna es grande hasta el santo desconfía – murmuró Gabriel, mientras habría la puerta del departamento. Dos policías de civil –integrantes de la División Delitos Informáticos- se identificaron e ingresaron.

Gabriel.

- Yo soy el dueño y editor de “Castelar Digital” –se presentó Gabriel.
- Yo soy el periodista –se anticipó Domecq y, sin decirlo, dejó implícito que trabajaba allí.

El oficial a cargo mostró la orden judicial para incautar la computadora a la que habían llegado los mensajes, pero primero iban a hacer un “back up” de todo su contenido, para que “Castelar Digital” pudiera continuar operando desde otra pc. Mientras se realizaba este proceso, los policías analizaron los dos mails con amenazas: el primero había sido enviado desde una cuenta local: castelar@outlook.com.ar. El segundo correspondía a una cuenta radicada en las islas Bahamas: castelar@bahamas.bs.

Luego, tras completar la copia integral del disco rígido, los policías se retiraron, llevándose la pc incautada.

- Gracias por dejarme quedar -dijo Domecq.
- ¿Me equivoco o insinuaste que trabajabas acá? -quiso saber Gabriel.
- Tal vez mi presentación fue un poco ambigua, pero los policías no me preguntaron nada.
- Bueno. Tuviste suerte y conseguiste la primicia sobre los mails.
- Las primicias no son lo mío. Mi trabajo es de largo aliento.
- ¿Tomamos un café?- invitó el anfitrión.
- Con todo gusto. Además quisiera hacerte una consulta: ¿es posible abrir una dirección de correo electrónico en Bahamas sin salir del país?
- Supongo que sí, como cualquier otra contratación de servicios. El formulario está estandarizado, pero cada país fija sus propios requisitos y tarifas.
- OK. Otra pregunta: - ¿Vos creés que estos policías tienen la tecnología necesaria como para descubrir los lugares desde donde se envió

cada uno de esos mails?

- Por supuesto. Me consta. Hace ya casi veinte años, en plena edad del pavo, tuve la mala idea de sumarme a una cadena de mails contra un colegio. No solo apareció la policía en mi casa, sino que –con las pruebas que tenían- abrieron una causa judicial y, como yo era menor, mi papá tuvo que acompañarme a declarar en Tribunales.

- Entonces estoy en problemas –murmuró imprudentemente

Domecq.

- Ahora, por favor, contame algo de tu investigación -pidió Gabriel.

Casi una hora después, habiendo reconocido el mérito de Bustos por su intuición y obsesiva perseverancia en la investigación de los dobles homicidios de Castelar, y asumiéndose como un simple colaborador del ex policía, Domecq concluyó su pantallazo sobre el tema.

- Pero... ¿estás realizando una investigación periodística o escribiendo una novela? -preguntó Gabriel.

- La frontera entre ficción y realidad suele ser ambigua -respondió el veterano periodista.

CAPÍTULO (XV): LA COMISARIO

Anahí Aberanda había nacido en Mocoretá, Corrientes, era divorciada y la tenencia de sus hijos había sido otorgada a su esposo. Como contrapartida, su ejemplar carrera profesional le permitió alcanzar, antes de cumplir los 40 años, el cargo de comisario en la Policía Científica del Departamento Judicial de Morón. Tres años atrás había sido becada para realizar una práctica profesional en las oficinas porteñas del Federal Bureau of Investigation (FBI). Poco después, Anahí volcó esa experiencia profesional en un ensayo sobre asesinos seriales, que mereció importantes elogios y fue traducido a varios idiomas. Con estos antecedentes, no había ningún otro policía bonaerense que pudiera competir con ella para liderar los dos casos caratulados como Doble Crimen de Castelar: DCC (I) y DCC (II).

El primer requerimiento judicial solicitaba el aporte pericial necesario para poder aprobar, o no, el pedido de unificación de las causas DCC (I) y DCC (II) tal como sugerían los mails anónimos recibidos por varios medios de comunicación locales.

Tras leer y tomar notas de ambos expedientes, Anahí se concentró en el análisis de los correos electrónicos y redactó un borrador:

→ El primer mensaje (24 palabras) -enviado desde

castelar@outlook.com.ar - indica con precisión las escenas de los crímenes: (1) shopping; (2) calle San Pedro. Además, por primera vez, vincula a ambos asesinatos con un mismo autor. En cambio, el segundo mail (41 palabras) - enviado desde castelar@bahamas.bs - no aporta datos nuevos sino que simplemente disputa la autoría de lo ya denunciado en el primero. Este segundo mensaje, que pudo ser enviado por cualquier persona que hubiera leído el primer mail, tiene la particularidad de estar escrito con una terminología ya empleada por el asesino serial “Zodiac” (California, 1969).

→ Recomendación: unificar los expedientes y concentrar la investigación en el primer mensaje.

Sin perder tiempo, la comisario Anahí Aberanda, solicitó con urgencia un rastreo informático. Poco después, uno de sus colaboradores le entregó el siguiente dossier:

- CUENTA: castelar@outlook.com.ar
- TITULAR: Jorge Osvaldo Domecq
- DOMICILIO: Pasaje El Cóndor 496, CABA.

De inmediato, se comunicó con el Fiscal del Tribunal en lo criminal de Morón, quién libró la orden de detención. Luego, ella coordinó el operativo con la Policía Federal.

El domicilio detectado era real y correspondía a una de las tradicionales Mil Casitas, del barrio de Liniers. En el momento del allanamiento, el dueño de casa se encontraba cenando. La comisario ordenó su detención y la incautación de una pc, una notebook, un celular y el receptor de mensajes del teléfono fijo.

- Por favor, déjenme avisar a una vecina para se ocupe de alimentar a mis gatos –rogó Domecq.

- ¡Suba al patrullero! –le ordenó Anahí, al tiempo que delegaba en uno de sus agentes la tarea de transmitir el pedido del detenido.

Ya en su oficina, en los tribunales de Morón, la comisario interrogó a Domecq, acusándolo de la autoría de los crímenes de Castelar.

Aterrorizado, el miope periodista jubilado, negó ser el asesino, pero reconoció haber enviado el mensaje desde castelar@outlook.com.ar. Dijo que eso era parte de una investigación periodística y que había dos personas que podían confirmarlo.

Pero su situación se complicó cuando fue reconocido por uno de los policías que habían incautado la pc de “Castelar Digital”. El detenido se defendió argumentando que había llegado minutos antes, para buscar información del segundo mensaje, ya que el emisor de ese mail debía ser el verdadero asesino. En esta oportunidad mencionó como testigo al dueño de ese portal, cuyo nombre era Gabriel.

Anahí consultó con el fiscal y éste dispuso que Domecq quedara incomunicado. Además, ordenó la detención de las tres personas mencionadas por el acusado, y de las que solo había aportado datos incompletos. Uno era Bustos, ex policía alojado en el hospital psiquiátrico de Luján. Otra era Caron, viuda propietaria de la parrilla “Ruta 7”. El último era Gabriel, dueño y editor de “Castelar Digital”.

El primero en llegar detenido fue Gabriel Colonna –un profesional treintañero quien fue ubicado en sus oficinas de la calle San Pedro. El joven declaró: *“que solo vio a Domecq una sola vez; que primero había recibido su llamado telefónico pidiendo una entrevista para hablar de los crímenes ocurridos en Castelar; que luego se había presentado en las oficinas de “Castelar Digital” exhibiendo la credencial de periodista; que Domecq manifestaba conocer la existencia y contenido de los dos mensajes; que el mencionado periodista consideraba al emisor del segundo mail como el verdadero doble asesino; que Domecq también había comentado que esa investigación la había iniciado un ex policía internado en un manicomio; que había una mujer, amiga de Domecq y del loco, que también estaría al tanto de la investigación”*.

Si bien la declaración de Gabriel había sido coherente, su pasado no era impecable. Existía en su contra una vieja denuncia por violación de la

seguridad informática presentada por una escuela secundaria de la zona. Sin embargo, la verdadera razón por la que la comisario decidió mantenerlo detenido, era para poder efectuar un eventual careo entre Gabriel y Domecq.

La segunda persona detenida por esta causa fue Caron Jones quien declaró: *“que Bustos había sido el primero en vincular los dobles crímenes de Castelar; que la policía de esa localidad se negó a tomarle la denuncia; que por insistir había sido castigado en el manicomio de Luján; que a Domecq lo conoció por intermedio de Bustos cuando éste fue privado de sus salidas transitorias y no pudo continuar su investigación; que el primer mensaje a los medios de comunicación fue acordado por ellos dos sin el consentimiento de ella; que a raíz de esa decisión se había distanciado de ellos; que -a pesar de todo- los consideraba personas honestas y bien intencionadas, aunque algo inmaduras”*.

Ahora, solo faltaba Bustos.

CAPÍTULO (XVI): EL SOSPECHOSO

Cuando Bustos ingresó a la sala de interrogatorios, Anahí ya había accedido al legajo de este ex policía, exonerado por gatillo fácil y encerrado en un manicomio. La comisario dudaba de que el fiscal aceptara como válida la declaración de alguien internado en un hospicio, con las facultades presumiblemente alteradas. Pero, aún a riesgo de que su declaración no pudiera ser utilizada judicialmente, decidió interrogarlo porque Bustos era el primer y principal eslabón de esa cadena de sospechosos. Además, era el único con información de primera mano.

A pesar de su aspecto, aquel hombre alto, barbudo, demacrado y de ojos hundidos, resultó ser un interlocutor locuaz. Según él, todo había comenzado al ver la película “Zodiaco” y relacionarla con los dos dobles crímenes de Castelar, que estaban siendo investigados como casos aislados. Luego de comentarlo con Caron, su patrona en la parrilla “Ruta 7”, había leído el libro “Zodiac”, de *Robert Graysmith*, donde encontró más coincidencias. Acto seguido, había concurrido a la comisaría de Castelar buscando rastros del hipotético llamado del asesino. Con mucho esfuerzo, había logrado la confesión del borracho que recibió la llamada anónima pero chocó con la negativa policial a tomar su denuncia. En este punto Bustos insistió en culpar al comisario de Castelar Norte, de apellido Kostka, por todo lo que sucedió después. Bustos reconoció que su reacción fue visceral, pero manifestó que al ser recluido de nuevo en el hospicio –sin salidas- se benefició al asesino serial, ya que la policía desatendió su denuncia. En esa etapa del relato mencionó que al conocer a Domecq, vislumbró la posibilidad de que este periodista continuara con la investigación. Bustos reconoció los avances logrados por su amigo, con quien compartió la decisión de enviar un mensaje a los medios, para intentar que Zocas (Zodiaco de Castelar) reaccionara mediáticamente. Objetivo que se concretó al ser publicado el segundo mail. Aclaró que Caron simplemente los había escuchado, pero que estaba en desacuerdo e intentó disuadirlos. No conocía a Gabriel, pero sabía que Domecq, iba a visitar “Castelar Digital” en búsqueda de información. Finalmente, Bustos intentó

convencer a la comisario Aberanda para que dejara de perder tiempo en él, y se dedicara a investigar el segundo mensaje, porque ese debería conducirla hasta el asesino.

Finalizados los interrogatorios, Anahí repasó sus anotaciones y llegó a una conclusión: Bustos no solo tenía información precisa sobre los dos dobles crímenes locales, sino que había estudiado con pormenorizada obsesión todo lo relacionado con “Zodiac” de California. Además, padecía desequilibrios mentales y había sido exonerado por gatillo fácil. Al estar basada en los supuestos dichos de un informante borracho, toda su teoría perdía credibilidad. Así como estaba involucrado en el envío del primer mensaje a los medios, también podía estarlo en el segundo. Es decir, en todos. Por último, al momento de los asesinatos de Castelar, el ex policía disfrutaba de sus salidas transitorias y no estaba obligado a pernoctar en el hospicio. Otro dato importante era que desde que Bustos estaba nuevamente encerrado no se habían cometido nuevos crímenes en la zona de Castelar. En consecuencia, para la comisario Aberanda, Bustos era el principal sospechoso.

En consecuencia, se comunicó con el fiscal y solicitó la liberación de Caron Jones y Gabriel Colonna, por falta de mérito. Por el contrario, enfatizó la conveniencia de que Bustos y Domecq permanecieran detenidos. Además, fundamentó su opinión favorable a la unificación de las dos causas judiciales caratuladas como DCC (I) y DCC (II).

Acto seguido, Anahí repasó el texto de su propia tesis sobre “Asesinos imitadores” y rescató los párrafos útiles para la investigación en curso:

- Los “copycat serial killers”, son *asesinos seriales que eligen un “mentor” para imitar.*
- *Estudian el “modus operandi” de su predecesor y lo repiten.*
- *Analizan los errores del “inspirador”, para evitar repetirlos.*
- *Estos imitadores no suelen ser muy “imaginativos” y se atienen al “libreto original”.*
- El único “patrón” útil para los investigadores es la historia del “héroe imitado”.

Luego, abrió el archivo que contenía la sinopsis de “Zodiac” de California.

Asesinato 1º. Fecha: 20 de diciembre de 1968. Víctimas: una pareja joven

Asesinato 2º. Fecha: 4 de julio de 1969. Víctimas: una pareja joven.

Asesinato 3º. Fecha: 27 de septiembre 1969. Víctimas: una pareja joven.

→ Mensaje 1º. El día del 2º asesinato se autodenunció por teléfono.

→ Mensaje 2º. Entre el 2º y 3º asesinato, envía un mensaje a los medios de comunicación, exigiendo –mediante amenazas- su publicación.

Al comparar los crímenes de California con los de Castelar, Anahí confirmó lo que sospechaba: habiéndose cumplido todos los otros pasos, lo que seguía era un tercer asesinato doble.

Entonces, buscó en la web el libro de Robert Graysmith, para releer los detalles del tercer crimen de “Zodiac”.

“El 27 de septiembre de 1969 “Zodiac” actuaría de nuevo, encapuchado y armado con una pistola y un cuchillo de monte, apuñalaría hasta matarla a Cecilia Ann Shepard y dejaría por muerto a Bryan Hartnell mientras la joven pareja estaba de picnic en el lago Berryessa en el condado de Napa”.

Aquí hay varios cambios en el "modus operandi" de "Zodiac", reflexionó Anahí. Si bien las víctimas son también una pareja de jóvenes, en este caso las mata de día, fuera del auto y a cuchilladas.

Luego, repasó las fechas y los plazos transcurridos entre los crímenes de Zodiac: 196 días habían pasado desde el primero hasta el segundo, pero solo 85 días entre el segundo y el tercero. Aparentemente no había seguido un patrón, sino que –tal vez- había actuado al azar, aprovechando oportunidades. Por su parte, en los casos de Castelar, si los dos dobles asesinatos fueron ejecutados por una misma persona, esta había dejado transcurrir solo 60 días hasta reincidir. ¿Cuándo ejecutará el tercer crimen? Esa era la pregunta que desvelaba a la joven comisario.

CAPÍTULO (XVII): OTRO DOBLE CRIMEN

Aquella noche, mientras regresaba a su departamento, Anahí se entusiasmó al recordar que sólo faltaban 48 horas para el siguiente reencuentro con sus hijos. Sin poder evitarlo, volvió a revivir el momento en que aquel misógino juez la privó de la tenencia y la limitó a una mísera visita semanal. Entonces, sonó su celular. Era su asistente. Otro doble crimen se había cometido en Castelar. La comisario aceleró y se dirigió al parque Gorki Grana. Minutos después estacionó junto a los otros patrulleros. Los faros de uno de ellos iluminaban la escena del crimen. Sobre el pasto yacían los cuerpos de la parejita apuñalada. - Igual que el maldito "Zodiac" –masculló Anahí. Tuvo que esforzarse mucho para no translucir su desánimo. Pero no era para menos. Este nuevo crimen se había cometido mientras los dos únicos sospechosos se encontraban detenidos. Estaba siguiendo una pista falsa y tenía que volver a empezar.

En cuanto llegó el equipo forense, ella se retiró. No había nada más que hacer en aquel lugar. Tenía por delante una larga noche, revisando todo el expediente desde el principio, buscando detalles desapercibidos, o posibles errores de interpretación. No iba a dormir hasta descubrir una nueva pista.

Al ingresar a la cochera de su edificio, volvió a maldecir al propietario de aquella enorme camioneta que -mal estacionada- la obligaba a realizar incómodas maniobras hasta poder estacionar su pequeño auto. Malhumorada, entró a su departamento. Tras una rápida ducha, se dirigió a la cocina y abrió la heladera. Por unos instantes se quedó quieta, como encandilada por aquella fría luz que le mostraba estantes desabastecidos. Lo único comestible eran dos empanadas sobrantes del día anterior. Las calentó y las llevó a la mesa. Abrió una botella de cerveza y recommenzó aquella ingrata lectura. Un par de horas después, cuando ya le costaba mantener los ojos abiertos, le pareció detectar una inconsistencia. Retrocedió un par de carillas y lo confirmó. El primer mensaje por el DDC fue remitido a cuatro medios de comunicación, pero el segundo tuvo cinco destinatarios. A los cuatro primeros (La Voz del Oeste, Crónica de Morón, FM Castelar y Castelar Digital) se le

había agregado “*Castelar Nuestro*”, una revista mensual, de distribución gratuita, casa por casa. En el dossier no había más detalles. A pesar de la hora, le mandó un mensaje de texto a su asistente pidiéndole –con carácter urgente- un informe sobre esta revista. Finalmente, miró el reloj, con suerte podría llegar a dormir cuatro horas, apagó la luz, fue al dormitorio y se acostó.

A la mañana siguiente, con su habitual energía, ingresó a la oficina dando órdenes. Reclamó la información sobre “*Castelar Nuestro*”, llamó al Fiscal y –como aún no había llegado- dejó su pedido para que él la contactara. Por último, mandó traer a uno de los detenidos: Domecq.

En cuanto el ex periodista estuvo frente a ella, sin siquiera saludarlo, le preguntó a quemarropa: -¿A cuántos destinatarios envió el primer mensaje del DDC?

- ¿Qué? -preguntó el pobre diablo.

- Mire, basta de hacerse el idiota. Ya sé que ni usted ni Bustos son Zocas. Pero Bustos me confirmó que fue usted el que envió el primer mensaje. Así que responda. ¿Cuántos mails envió aquel día?

- Cuatro.

- ¿Cuatro o cinco? –repreguntó ella.

- Cuatro.

- ¿Conoce la revista “*Castelar Nuestro*”?

- No. ¿Por qué?

- Porque también recibió el segundo mensaje. El que supuestamente envió Zocas. Otra cosa: anoche hubo otro doble crimen en esta zona.

- ¿Ya? –exclamó Domecq.

- ¿Qué quiere decir?

- Yo creía que no volvería a matar hasta diciembre. –dijo el ex periodista.

- ¿Por qué habría de esperar hasta diciembre? -preguntó la comisario.

- Porque “Zodiac” mató en julio, setiembre y diciembre y Zocas lo había hecho en julio y setiembre. Por eso deduje que volvería a matar recién en diciembre.

- Pero dedujo mal. La secuencia fue diciembre del ´68, julio y setiembre del ´69. Es decir 196 días entre los dos primeros y 85 días entre el segundo y el tercero. Zocas mató en julio y setiembre de este año, con una brecha de sólo 60 días y ahora volvió a hacerlo con un intervalo aún menor.

- ¿Entonces...? balbuceó Domecq.

- Yo voy a seguir buscando a Zocas y lo voy a agarrar. A usted y a Bustos, seguramente el Fiscal los liberará hoy.

La Comisario ordenó que Domecq fuera llevado nuevamente a su celda y llamó a su asistente. El suboficial Rossini se presentó de inmediato con varias hojas impresas y un ejemplar de “*Castelar Nuestro*”.

- Acá hay algo raro- comenzó Rossini- esta revista no menciona quién la publica o imprime, no muestra ni una dirección, ni un teléfono de contacto. Algo realmente extraño para una publicación que se financia con publicidad y se distribuye gratis. Además, con ese nombre tampoco hay registros en la AFIP, ni en el Municipio de Morón, ni en la Cámara de Comercio de Castelar.

Tras ojear la revista, Anahí dijo: -Algunas de estas publicidades

son demasiado importantes para una publicación vecinal.

- Ya llamé a varios. “Rolex” y “Dior” aún no contestaron. Pero “Chandon” y “Lacoste” afirman desconocer la revista y estar seguros de no haber pagado esa publicidad.

- ¿Entonces?

- Tal vez lo hagan para darse importancia y atraer a otros anunciantes.

- Quizás. Pero no puede existir una revista fantasma. Llamen a las empresas que figuran en la publicación y averigüen si conocen a quienes la editan y cómo se contactan con ellos.

- Ok, jefa- dijo Rossini y se retiró a grandes zancadas.

CAPÍTULO (XVIII): EN LIBERTAD

A primera hora de la mañana, un patrullero trasladó a Bustos de regreso al hospicio. Por su parte, en cuanto recuperó la libertad, Domecq salió de los Tribunales de Morón, cruzó la calle e ingresó a un bar. Nunca había deseado tanto un café. Ya en el interior, descubrió las medialunas y se tentó. Una vez que el mozo le había tomado el pedido, Domecq le preguntó si tenían el diario, y el empleado le señaló una mesa. Ansioso por saber más del tercer crimen, se levantó a buscarlo. Pero no tuvo éxito. Ya no quedaba el cuerpo principal de ninguno de los periódicos. Solo los clasificados y algún suplemento. También había revistas, pero no le interesaban. Iba a retornar a su silla cuando -debajo de “El Gráfico”- distinguió otro ejemplar que comenzaba con la palabra Castelar, lo sacó y se encontró con “*Castelar Nuestro*”, la publicación que había mencionado la Comisario. La llevó a su mesa y comenzó a ojearla. Tenía un formato pequeño, pero estaba impresa en papel de buena calidad. En realidad, más que una revista parecía un vistoso folleto publicitario. Muchas grandes marcas, nacionales e internacionales estaban presentes. Algunos comercios de la zona también ocupaban carillas completas, aunque no faltaban avisos de media página y aún más pequeños. A primera vista, el 90% era publicidad y el 10% restante se repartía entre temas de interés vecinal, correo de lectores y un ensayo sobre el “Resurgimiento religioso”. En la primera página, sobre fondo blanco, estaba la copia del mensaje por el doble crimen de Castelar.

“BASTA DE MENTIRAS. YO SOY EL VERDADERO AUTOR DE LOS DOBLES ASESINATOS DE CASTELAR. EL MENSAJE ANTERIOR ES UNA DESESPERADA MANIOBRA PARA APROPIARSE DE MI EXCITANTE EXPERIENCIA DE MATAR. NO DOY MI NOMBRE PORQUE INTENTARÁN RETRASAR O DETENER MI PRÓXIMO CRIMEN”

- ¿Por qué Zocas incluyó a este medio en su desmentida? –se preguntó Domecq.

Intrigado, siguió mirando la revista. Ahora, le llamó la atención la ausencia de toda mención a los editores y al domicilio de su oficina o imprenta.

Para sacarse la duda, y aprovechando que estaba cerca, el veterano periodista decidió visitar a algunos de los comercios publicados en la

revista.

Aquella mañana de primavera, los jardines de Castelar ostentaban toda su belleza. Pero Domecq no prestaba atención a las flores, tenía una idea fija y con ella llegó caminando hasta una fábrica de pastas en la calle Alem. El local acababa de abrir y su dueño iniciaba la rutina diaria. Domecq se presentó poniendo su credencial sobre el ejemplar de “*Castelar Nuestro*”.

- Estoy haciendo un relevamiento y necesitaría saber las razones por las que decidí hacer publicidad en este medio –preguntó.

- Porque ofrecieron una buena promoción. Seis meses de publicidad al precio de tres. También me dan ejemplares gratis para distribuir entre mis clientes.

- Cuanto hace que publicita en este medio.

- Esta es la primera vez, comenzamos hace dos meses.

- ¿Cómo se contactaron con usted?

- Con el vendedor. La primera propuesta la descarté por el precio.

Pero volvió con la promo 2x1 y acepté.

- ¿Tiene el teléfono del vendedor?

- No. Él pasa a menudo, recorriendo los comercios de la zona.

- ¿Y el teléfono de la revista?

- No.

- ¿Y la dirección de la revista?

- Tampoco. De todo se ocupa el vendedor:

- ¿Cómo se llama él?

- Gomez.

- Le dio un recibo por su pago.

- ¡Por supuesto!

- ¿Ahí figura alguna dirección, teléfono o razón social?

- Seguramente -respondió el dueño del local. Pero luego de ubicar el comprobante se rectificó: – En el recibo solo está el CUIT, el logo con el nombre de la revista, y la firma del vendedor:

Antes de retirarse, Domecq pidió y obtuvo otros ejemplares de la revista correspondientes a meses anteriores.

Como a pocas cuadras se encontraba una heladería que también publicaba avisos en “*Castelar Nuestro*”, Domecq la visitó. Repitió las preguntas y las respuestas también fueron similares.

Luego ingresó a una peluquería, en Carlos Casares al 800, en este caso obtuvo un dato nuevo e importante. Gómez -el vendedor de publicidad- tenía que pasar a cobrar en esa semana. Entonces, Domecq le dejó su tarjeta al peluquero y le pidió que Gómez se contactara con él, porque – supuestamente- tenía clientes interesados en incorporarse a esa revista.

Ya era casi el mediodía, pensó en sus mascotas y decidió regresar a su casa de Liniers. Cuando llegó, se tranquilizó al ver que los gatos casi ignoraron su presencia, era señal de que la vecina los había alimentado bien.

Comenzó con una ducha, a la que le destinó mucho más tiempo que lo habitual. Se sentía sucio. Por fuera y por dentro. Aquella había sido su primera noche en una cárcel. Como periodista lo habían detenido algunas veces, pero siempre por unas pocas horas. Nunca todo un día y una noche.

La cocina no era santo de su devoción, pero tenía ganas de comer comida casera. Por eso decidió preparar una carbonada.

En cuanto abrió la heladera y sacó la carnaza, uno de los gatos se le acercó. Otro, más distante, mostraba su interés ronroneando y moviendo la cola, lenta y acompasadamente. El tercero se limitó a bostezar.

A medida que cortaba la carne en trocitos, arrojaba algunos a sus gatos. Buscó la cacerola y le echó un poco de aceite, le agregó media cebolla picada y poco después incorporó la carne. Cuando el salteado estuvo ligeramente dorado, añadió zapallo y papas. Lo ideal hubiera sido poner también zapallitos, choclos y tomates, pero no tenía. Finalmente incorporó el arroz y sazonó con sal, pimienta y azúcar. Una botella de vino completó el festejo por la libertad recuperada.

CAPÍTULO (XIX): COUNTRY MAJESTIC

La comisario Aberanda continuaba enojada con el mundo. Para no reconocer su error, daba a entender que nunca había descartado seguir la pista del segundo mensaje, sino que ella había comenzado por el primero para ser ordenada y evitar huecos en el análisis. En consecuencia, culpaba a sus colaboradores por no haber avanzado simultáneamente con la recopilación de información correspondiente al segundo. Cuando su asistente insinuó que esa no era la instrucción que había escuchado, ella lo mandó a lavarse las orejas. En ese contexto, sin chistar, todo el equipo acataba el discurso de su jefa, pero internamente estaban convencidos de que habían perdido tiempo y debían recomenzar desde cero.

Si bien sabía que no era bueno presionar tanto a su gente, ella no cesó de revolotear sobre sus cabezas hasta que completaron el esperado dossier.

- CUENTA: castelar@bahamas.bs:

- TITULAR: José Bostero.

- DOMICILIO: Brandsen 805, Capital Federal.

- OBSERVACIONES:

1. El domicilio es falso, corresponde a la cancha de Boca Juniors.

2. El abono anual del hosting en Bahamas, se pagó desde Argentina, vía Western Union, en efectivo. No consta el nombre de quien hizo el pago.

- REVISTA: Castelar Nuestro.

- TITULAR: Desconocido.

- DOMICILIO: Desconocido.

- OBSERVACIONES:

1. Se desconoce su Razón Social y su Domicilio Legal.

2. Los clientes que contrataron publicidad lo hicieron por intermedio de un vendedor de apellido Gómez, quien -a su vez- se ocupó de la cobranza.

3. En los Recibos no consta domicilio, ni teléfono u otra forma de contacto.

Tras leer este informe, Anahí no sabía si enojarse más o alegrarse. Su equipo no había logrado encontrar ninguno de los datos solicitados por ella, pero eso –en si mismo- constituía una nueva pista. En realidad dos. Western Union seguramente tenía cámaras de seguridad y el Fiscal a cargo del caso podría solicitar copia del video en el momento en que se hace el pago del hosting a Bahamas. En cuanto a “*Castelar Nuestro*”, estaba segura de que ninguna empresa importante podía haberse arriesgado a contratar publicidad sin el respaldo de una factura con su correspondiente CUIT. Por lo tanto, con la ayuda de la AFIP, confiaba obtener la información que buscaba.

Este último trámite fue el que más rápido aportó algo de luz. La AFIP informó que un mismo CUIT respaldaba las actividades de un grupo de publicaciones similares, cada una dedicada a un barrio distinto, pero siempre en la zona oeste del Gran Buenos Aires. El mencionado CUIT, correspondía a una agencia de publicidad, con domicilio legal en el country “Majestic”.

De inmediato, la Comisario habló con el Fiscal, y tras obtener la autorización para incautar la computadora que recibió el mensaje del supuesto asesino, partió en un patrullero, acompañada por dos de sus agentes.

Al traspasar el vigilado acceso al country, Anahí y sus colaboradores tuvieron la sensación de estar ingresando en otro mundo. Un mundo exquisito, inmerso en una centenaria arboleda. “Majestic” era el desarrollo inmobiliario de mayor prestigio en la zona oeste y la dirección que buscaban correspondía a un hermoso chalet estilo inglés, construido en dos plantas, con techos de pizarra, varias chimeneas, numerosos bow-windows, carpintería de madera noble y un garage para cuatro autos. Una alfombra de pasto immaculado rodeaba la casona, completando la escena.

Ya alertado por los vigiladores privados, el dueño de casa salió a recibirlos. Era un hombre de unos cincuenta años, de cabello oscuro con patillas grises, bronceado, con apariencia de deportista, vestido con muy elegante ropa sport y luciendo uno de esos relojes exclusivos para privilegiados.

- Comisario Aberanda –se presentó ella.

- Facundo Gómez Rioja -se presentó él, mientras que –con un cordial y estudiado ademán- la invitaba a entrar.

Tratando de no mostrarse sorprendida, Anahí ingresó a una enorme recepción donde -a pesar de estar en primavera– chisporroteaban los leños de una antigua chimenea.

- ¿Usted es el titular de la revista “*Castelar Nuestro*”?

- Legalmente sí –respondió el dandi.

- ¿Por qué esa aclaración?

- Porque en la práctica es un emprendimiento de mi hijo Gonzalo.

Tanto esa como las otras revistas similares, correspondientes a localidades vecinas.

- ¿Podemos hablar con él?

- Por supuesto. A su regreso.

- ¿A su regreso de dónde?

- De Miami. Está allá, participando de un torneo de polo.

- ¿Dónde está la oficina de la revista?

- No existe tal oficina. Mi hijo trabaja acá, en casa.

- ¿Cuál es la computadora afectada a las tareas de la revista.
- En su escritorio mi hijo tiene una pc. Pero generalmente trabaja desde su notebook.

- Supongo que la notebook debe haberla llevada consigo.
- Supone bien –respondió el dueño de casa.
- Entonces voy a incautar la pc.
- ¿Tiene una orden judicial?
- Por supuesto –respondió Anahí, mostrándosela.

A continuación, él la guió por aquella enorme mansión hasta la habitación donde estaba la pc. Uno de los policías la desconectó y la precintó tomando todos los recaudos del caso. La comisario preguntó por la fecha de regreso del joven Gonzalo Gómez Rioja y le dejó una citación. El anfitrión respondió que se presentaría en cuanto regresara al país, y que iría acompañado por el abogado de la familia.

Sin más, los policías se retiraron:

- ¿Vio las banderas? –le preguntó uno de los policías a la comisario.

- Sí. Parece que son todos bosteros –respondió ella.
- Pero bosteros con guita –agregó el agente.

Todos rieron, mientras el patrullero atravesaba el portón de vigilancia que los separaba del mundo real.

Ya en su oficina, mientras esperaba los resultados de la pericia informática, Anahí repasó la cartelera de cine en busca de algo interesante para concurrir con sus hijos. No era una decisión fácil, pues debía compatibilizar los diferentes gustos de sus chicos, la ubicación de los cines y el impacto en sus magros bolsillos. Aún no se había decidido, cuando la interrumpió su asistente, trayéndole el informe sobre la pc incautada en el country. En principio, se trataba de una situación similar a la detectada en la computadora de “Castelar Digital” y en los otros tres medios de comunicación. En los cinco casos, los destinatarios del mensaje estaban incluidos –con copia oculta- en “undisclosed-recipients”. Es decir que el supuesto asesino no había enviado mensajes individuales sino un solo mail con copia a los cinco destinatarios.

Pero la comisario aún no había encontrado respuesta a su pregunta inicial: -¿Por qué el asesino agregó “*Castelar Nuestro*” a la lista de destinatarios del primer mensaje? ¿Y cómo encontró esa dirección de correo electrónico que es desconocida hasta por los clientes de la revista?

CAPÍTULO (XX): CARTAS DE LECTORES

Después de aquella opípara carbonada, bien regada con Malbec, Domecq no pudo resistir la tentación de una siesta. Se acostó, pero no logró descansar. Las imágenes del calabozo reaparecían en cuanto cerraba los ojos. Pero, además, estaba inquieto. Tenía la sensación de que tras “*Castelar Nuestro*” se ocultaba algo turbio, algo que no tenía nada que ver con el negocio de publicidad. Algo que él debería estar investigando en lugar de permanecer

tirado en la cama. Intentando acallar este cuestionamiento interno, se levantó y revisó los tres ejemplares de la revista, comenzando por el más reciente, que incluía el mensaje de Zocas. Descartó los avisos y se concentró en las notas. Primero leyó la sección “Nuestros vecinos” y –fuera de los molestos errores ortográficos- no encontró nada de interés. Solo recordatorios de bautismos y cumpleaños.

Luego le dio un vistazo al artículo periodístico que abordaba la problemática de “Los Nuevos Movimientos religiosos” y descubrió que su contenido ameritaba una lectura minuciosa. El texto tenía un comienzo teórico: *“En la época de su creación, la mayoría de las grandes religiones generaron rechazos: el cristianismo fue considerado tanto por el judaísmo como por la cultura romana como un sacrilegio a las doctrinas existentes. Pero luego, el artículo de “Castelar Nuestro”, bajo el ropaje de un debate académico, se iba transformando en una apología de las sectas: “En el mundo antiguo se denominaban «sectarios» a los seguidores de las enseñanzas de un filósofo. Así, los primeros cristianos fueron llamados «secta de los nazarenos» por los judíos. Siglos después, este criterio fue aplicado por la propia Iglesia católica al calificar a los protestantes como “secta luterana”. En consecuencia, los creyentes en las nuevas religiones, aunque no estén reconocidas legalmente, no debemos sentirnos menospreciados cuando la propaganda reaccionaria nos califica de sectarios”.*

No menos llamativa resultaba la sección “Correo de Lectores”, donde la gran cantidad de cartas publicadas mostraban unánimes elogios para el tema presentado en la edición del mes anterior: “Religión versus secularización”. Allí, los lectores de “Castelar Nuestro” no solo se manifestaban interesados por la problemática religiosa sino que rechazaban enfáticamente la teoría que predice el fin de la religión, como inevitable consecuencia de la evolución de la ciencia, la educación y la estructura familiar. Entre esas cartas de lectores había una cuyo autor se había esforzado en reivindicar el concepto de “secta”, afirmando que el término se usaba originalmente para aludir al conjunto de seguidores de una doctrina religiosa, pero luego se lo vinculó con “herejía” y pasó a tener connotaciones peyorativas. Con el tiempo, surgió el concepto de “Nuevos Movimientos Religiosos” como sinónimo de la palabra “sectas” para evitar la discriminación y persecución de las minorías que discrepan con la ortodoxia teológica de la religión oficial”.

En otra carta de lectores, bajo el título de “Planteamiento Filosófico”, Domecq encontró la siguiente afirmación: *“Los jóvenes debemos devolver a la religión su pureza de origen, formando un nuevo movimiento inconformista, separado del rebaño actual. Para ello, la congregación debe incorporar adherentes que compartan nuestras creencias con respecto a los Temas Sagrados y estén dispuestos a un entrenamiento ontológico”.*

Mientras limpiaba cuidadosamente sus gruesos anteojos, Domecq esbozó una sospecha: ¿La revista “Castelar Nuestro” podría ser el medio de difusión de una secta? ¿Qué tipo de secta? ¿Acaso una secta vinculada con los asesinatos seriales?

- ¡Esto es una locura! –murmuró Domecq- e inmediatamente pensó en Bustos. Miró el reloj y comprobó que aún estaba a tiempo de llegar a Luján antes de que finalizara el horario de visitas. Tomó su notebook, subió al viejo Peugeot y cruzó los dedos para que algún santo lo librara de los

exasperantes piquetes en la ruta. Cuando ingresó al hospicio, encontró a Bustos descansando bajo la frondosa sombra de un árbol. Se abrazaron y Domecq exclamó:

- ¡De nuevo en libertad!
- Lo dirá por usted –le retrucó Bustos. - Yo solo cambié de prisión.
- Bueno, pero acá –al menos- no estamos incomunicados.
- Es cierto. Aprovechemos para hablar. ¿Lo largaron enseguida?
- Me liberaron esta mañana, poco después de que lo trasladaran a

usted.

- ¿Qué piensa de la piba comisario?
- Más allá de que la pifió fiero al encarnarnos, tuvo la honestidad de reconocer su error y liberarnos.
- ¿Mencionó algo que no supieramos?- preguntó el ex policía.
- Sí, y esa es la razón por lo que vine de raje. Ella detectó que el mail de Zocas fue enviado a cinco destinatarios. Los mismos cuatro a los que les escribí yo, más “*Castelar Nuestro*”.

- ¿Qué es eso?
- Es una revista con publicidad zonal.
- ¿Y?

- A la comisario Aberanda le pareció sospechoso. A mí también. Así que investigué. Creo que es el medio de comunicación de una secta.

- ¿Qué tipo de secta?
- No sé. Usted que era policía en Castelar ¿nunca escuchó nada?
- No. Aunque a mi hijo le interesaba el tema, tenía varios libros y

hasta un póster raro en su habitación.

- ¿Hablaron sobre el tema?
- No. Era un adolescente y hacía cosas propias de la edad del

pavo.

- ¿Recuerda qué libros tenía?
- No.
- ¿Estarán todavía en su casa?
- Seguramente la madre de mi hijo guardó todas las cosas del

pibe. Pero si usted aparece de parte mía, ella lo va a sacar a patadas.

- ¿A usted le molestaría que yo lo intente? -preguntó Domecq cuando ya el timbre anunciada el fin de las visitas.

- Yo no tengo problemas, pero le advierto que esa bruja tiene un carácter podrido.

- Ok. Nos vemos -dijo el periodista mientras abrazaba a su amigo.

Ya anochece cuando Domecq se detuvo en Alvarez Jonte y Malvinas Argentinas, un olvidado rincón de Castelar que aún espera el asfalto. En la esquina había una casa humilde, que conservaba el antiguo cerco de alambre tejido que, en este caso, evitaba que se escaparan las gallinas. Como no había timbre, golpeó las manos y aparecieron varios perros, ladrando casi por obligación. Atraída por el bochinche salió la dueña de casa. Era una mujer canosa, muy delgada, demacrada y con pronunciadas ojeras. Vestía totalmente de negro y con un hilo de voz preguntó:

- ¿Qué quiere?
- ¡Buenas tardes señora! Disculpe que la moleste -comenzó

Domecq, en tono cordial. -Por razones de trabajo conocí al sargento Bustos.

- No me importa. Además, ya no es sargento, lo degradaron.
- De acuerdo. Conozco la tragedia de su hijo...
- ¡Él lo mató! –interrumpió la mujer.
- Está encerrado en un manicomio. Solo quiere alguno de los libros de su hijo.
- ¿Para qué?
- Es importante para él.
- Le daría los libros de Marcelo, pero a condición de que no me moleste nunca más.
- Como usted diga, señora.
- Espere.

Al rato, la mujer regresó con una desvencijada caja de cartón que contenía varios libros y revistas.

- Esto es todo. Lléveselo y no vuelva.
- Sí, señora. Gracias. Buenas noches -respondió Domecq,

mientras cargaba la caja en el baúl del Peugeot.

CAPÍTULO (XXI): PISTA PIRAMIDAL

Faltaban poco más de 24 horas para el anhelado reencuentro con sus hijos y Aberanda se encontraba en un punto crítico de la investigación. Había presionado al máximo a su equipo hasta conseguir que pasaran esa noche analizando el material informático incautado en “*Castelar Nuestro*”. Consciente de que con su presencia solo lograba poner más nervioso a su equipo, decidió retirarse unas horas para pasar por su departamento, bañarse, cambiar de ropa y, tal vez, descansar un rato.

Como en su heladera solo había cerveza, se detuvo en el camino y compró una pizza. Ya en su casa, se sacó los incómodos zapatos y el uniforme, Buscó una cerveza helada y -junto con la pizza- la puso sobre la mesa de la cocina. Mientras comía la porción sostenida con su mano izquierda, utilizó la mano derecha para tipear en su notebook: F A C U N D O G Ó M E Z R I O J A. El buscador le mostró gran cantidad de links. El titular de “*Castelar Nuestro*” integraba numerosas sociedades comerciales, financieras, deportivas y hasta del mundo del espectáculo. En cambio no había menciones a su hijo Gonzalo. El instinto policíaco la indujo a revisar los archivos judiciales, buscando algún antecedente penal. Con inocultable alegría descubrió que el dandi Facundo había estado metido en numerosos entuertos. La mayoría consistía en dudosos sistemas de venta piramidal, que movilizaban millones de pesos a través de empresas de venta directa, que finalmente beneficiaban sólo a su creador. Cientos de personas, ante la necesidad de empleo, depositaban ciegamente sus esperanzas en esos emprendimientos, pero finalmente eran estafados. El “modus operandi” consistía en armar redes de distribuidores de productos, que –supuestamente- trabajarían en beneficio propio y a su vez le reportarían comisiones al iniciador. La idea era sencilla: a partir de un producto cualquiera, una persona forma un grupo de vendedores, que no sólo se encargan de comercializarlo, sino que también pueden formar a su vez a más

vendedores que estarán a su cargo, y de cuyas ventas el distribuidor que los nuclea cobrará una comisión predeterminada, y así sucesivamente. Para ingresar al sistema, el aspirante a distribuidor, debe firmar un acuerdo, comprar una suma determinada de productos, y comprometerse a alcanzar las metas que se ha propuesto. Al comienzo, los costos no son muy significativos, pero conforme avanza la actividad, llegar a las metas implica un desembolso cada vez mayor, que nunca se condice con los ingresos prometidos. Cuando comprueban la inviabilidad del proyecto ya han perdido sus ahorros y el único ganador es el creador del sistema.

Al imaginar a esta pobre gente, dañada económica, psicológica y físicamente, la comisario Aberando sintió que contra Gómez Rioja ya tenía algo personal. Sin embargo, aunque se tratara de un estafador, nada lo relacionaba con los crímenes que estaba investigando.

Sin proponérselo, el cansancio la fue venciendo hasta quedarse dormida, con la cabeza sobre la mesa de la cocina. A primera hora, la despertó su celular. Era su asistente informándole que habían encontrado información que merecía ser vista por ella.

Se vistió y, sin desayunar, se dirigió a su oficina. La buena noticia estaba relacionada con “*Castelar Nuestro*”.

- ¡Comisario! – comenzó su exitado asistente – descubrí que la web de la revista está instalada en el mismo servidor utilizado para abrir la cuenta que utilizó el doble asesino.

- Explíqueme más – pidió Aberanda.

- La cuenta castelar@bahamas.bs, que usó Zocas para enviar su mail a los medios, fue gestionada a través de un servidor instalado en Irlanda, “Patric XXI”, que es el mismo servidor que utiliza la web de “*Castelar Nuestro*”.

Ejerciendo su rol de abogada del diablo, la comisario preguntó:

- ¿Acaso no puede ser mera casualidad?

- Por supuesto -respondió Rossini y agregó: -Pero habiendo millones de servidores a lo largo y ancho del mundo, es muy pequeña la probabilidad de que el remitente y el receptor del mensaje hayan contratado el mismo servidor. Yo creo que es una prueba de que están vinculados entre sí.

- Bueno, ojalá tenga razón. Como es la única pista que tenemos la vamos a exprimir a fondo. Aproveche la diferencia horaria y contacte ya a los irlandeses. Pida toda la información que le parezca necesaria. De ser necesario, yo hablaré con el juez para que gestione la intervención de nuestra Cancillería.

Acto seguido, se trasladó hasta el laboratorio policial donde los técnicos que estaba analizando la pc de “*Castelar Nuestro*”, incautada en el country “Majestic”. El oficial a cargo le hizo una larga reseña del protocolo que debían respetar para que la información que descubrieran en esa computadora pudiera ser utilizada en el posterior juicio contra el supuesto imputado.

La comisario entendió que, diplomáticamente, le estaban pidiendo que no les pusiera más presión y los dejara trabajar tranquilos.

Entonces, antes de retirarse, les especificó su pedido:

- Sin dejar de cumplir con los procedimientos que me acaba de mencionar, quiero que investigue si desde esa pc se utilizó alguna vez la cuenta castelar@bahamas.bs. Además, quiero que busque todo lo relacionado con un servidor irlandés llamado “Patric XXI”.

Por ahora, Anahí no podía hacer otra cosa que esperar. Entonces,

regresó a su oficina y, mientras aguardaba novedades, ingresó a Internet para revisar la cartelera de cine y elegir la película que compartiría con sus hijos, el día siguiente. En las salas Hoyts del Shopping Oeste daban "Frozen". Si bien el horario más cómodo era el de la versión 3D, eligió el de la versión común porque, para tres personas, la diferencia de precios resultaba importante. Sobretodo teniendo en cuenta los inevitables gastos extras en pochoclo y gaseosas, sin contar los eventuales souvenirs que siempre ofrecen y los chicos exigen.

CAPÍTULO (XXII): SECTA SATÁNICA

La caja que la ex esposa de Bustos le había entregado a Domecq contenía libros, comics y otras lecturas de su hijo. Entre los libros más intrigantes estaban "Rituales satánicos" y "El exorcismo en la época actual". Por su parte, había una gran cantidad de revistas "*Castelar Nuestro*" y la mayoría estaban subrayadas o con anotaciones al margen, especialmente en los artículos sobre religión y en las cartas de lectores. En un ejemplar de esa publicación se reproducía el texto de Borges "La secta del Fénix", donde los siguientes párrafos estaban resaltados: *"los superficiales hombres del Fénix hoy sólo guardan la oscura tradición de un castigo, de un pacto o de un privilegio, porque las versiones difieren y apenas dejan entrever el fallo de un Dios que asegura a una estirpe la eternidad, si sus hombres, generación tras generación, ejecutan un rito. El rito constituye el Secreto. El Secreto es sagrado, su ejercicio es furtivo y aún clandestino y los adeptos no hablan de él."*

En otro artículo de "*Castelar Nuestro*" se mencionaba el libro "Rituales Satánicos" y alguien -presumiblemente el hijo de Bustos- había anotado: "comprar". Intrigado por las lecturas elegidas por el joven, Domecq decidió ojear ese libro para ver su contenido. Se trataba de la crónica del asesinato ritual de un niño de once años, que apareció muerto y mutilado en la provincia de Corrientes. El autor del libro revelaba una trama de servidumbre de niños, sectas y magia negra en un contexto de inaudita impunidad.

Algunos párrafos del libro estaban resaltados en amarillo flúor. Entre otros, el siguiente: *"El cadáver de Ramoncito apareció en Mercedes, Corrientes, el domingo 8 de octubre de 2006. El cuerpo semidesnudo estaba decapitado. Al cráneo le faltaban los ojos, la lengua, la nariz, las orejas, parte del cuero cabelludo. Las pericias concluyeron que antes de ser arrojado al baldío, al cuerpo le habían extraído toda la sangre. La investigación estableció, después, que Ramón González, un chico pobre, fue torturado y asesinado en un ritual satánico, como ofrenda al Señor de la Muerte"*.

Sin dudas, el correo de lectores era la sección de "*Castelar Nuestro*" que más le había interesado al hijo de Bustos. En muchos casos las cartas estaban firmadas con iniciales, pero -a mano- les había agregado aclaraciones como "Kuklux", "Majestic", "Rulo", "El vasco", "La bruja" y "Pintita", lo que parecía indicar que el joven conocía la identidad de los autores de las cartas, pese a ocultarse tras iniciales.

Cuantas más horas dedicaba Domecq a la lectura y análisis de

esos textos, más lejos se sentía de encontrar una pista. Sólo tenía dos certezas. Una: “Castelar Nuestro” incluía extraños artículos y correos relacionados con sectas. Dos: el hijo de Bustos seguía el tema y conocía a varios de los autores de aquellas cartas. A primera vista, no había nada sospechoso, pero el periodista intuía que algo estaba escapando a su atención.

Convencido de sus limitaciones para seguir avanzando con la meticulosidad y la paciencia que el tema exigía, decidió ir a ver a Bustos para entregarle todo ese material.

Al día siguiente, en cuanto se abrió el acceso a los visitantes, Domecq ingresó al hospicio. Se sentó a la sombra de una palmera, poblada de ruidosas cotorras, y comenzó a preparar el mate. Poco después apareció Bustos, quien lo saludó pero con la vista fija en la caja de cartón que contenía las lecturas de su hijo Marcelo.

- Así que tuvo suerte con mi ex –dijo mientras comenzaba a sacar los libros y revistas.

- Así es. No fue tan complicado. Pero esto es todo lo que hay, o lo que ella está dispuesta a darle.

- Como no esperaba nada, esto me parece fantástico.

- Yo estuve revisando el material, pero creo que usted preferiría leerlo tranquilo y sacar sus propias conclusiones.

- Sinceramente, tengo más interés en leerlo como padre que como policía.

-¿Y es posible ese desdoblamiento? –preguntó su amigo mientras le ofrecía un amargo.

- Supongo que depende de las circunstancias. Veremos.

Durante un buen rato, ignorando el chillido de las cotorras, Domecq sebió mates, mientras Bustos ojeaba los libros y las revistas.

Esta vez, el timbre de fin de las visitas, pareció sonar antes de tiempo.

-Una última pregunta antes de irme –comenzó Domecq. - Encontré anotaciones, posiblemente hechas por su hijo. ¿Le suenan los nombres “Rulo”, “La bruja”, “Kuklux”, “Majestic”, “El vasco” y “Pintita”.

- “Kuklux” es el boliche de la calle Santa Rosa donde trabajaba Marcelo. “Majestic” es un country de la zona oeste. Los otros apodos son muy comunes entre futboleros, pero no me recuerdan a nadie de Castelar.

- OK. En mi próxima visita lo charlamos con más tiempo.

- ¡Gracias por todo!

Tras abrazarse en silencio, los amigos se despidieron.

Esa noche, Bustos tuvo otra de sus recurrentes pesadillas, esas que siempre recreaban la muerte de su hijo. Se despertó bruscamente, transpirado y con la boca reseca, pero esta vez Marcelo no moría a causa del alevoso disparo efectuado por su padre, sino que era sacrificado en un cruel ritual satánico, consistente en dejarlo desangrar, gota a gota.

CAPÍTULO (XXIII): SALES CONSULTING

Aquella mañana de lunes, para Anahí, el sol parecía más luminoso, el clima más benigno y la gente más simpática. En realidad, había disfrutado tanto aquel domingo con sus pequeños hijos que ahora se sentía con renovada energía para afrontar las complicaciones de su vida.

Antes de llegar a su oficina, en el pasillo de acceso, ya la abordó su asistente:

- ¡Tengo algo groso! – dijo Rossini.
- Pase -dijo ella, mientras abría la puerta de su despacho.

Al llegar a su escritorio tuvo otra grata sorpresa, el laboratorio de informática le había dejado el informe solicitado.

Como su asistente estaba ansioso por empezar, le dijo:

- ¡Cuénteme! ¿Qué es lo groso que encontró?
- ¡Logré que me contestaran desde Irlanda!
- ¿Y?

- Si bien me van a enviar un informe debidamente firmado, me anticiparon que las facturas que “Patric XXI” le emite a “Castelar Nuestro” -por el servicio de hosting- se debitan de la cuenta de “Sales Consulting SA”, que es una empresa presidida por el dandi Facundo Gómez Rioja.

- No veo nada malo –dijo la Comisario. – El dandi –como usted lo llama- es presidente de las dos empresas.

- Correcto. Pero ese no es el dato groso. En cambio, es muy, pero muy importante haber descubierto que de la cuenta de “Sales Consulting SA” también se debitaron los servicios para el dominio castelar@bahamas.bs.

- ¿El que supuestamente utilizó el asesino de Castelar?

- ¡Exactamente! -dijo Rossini y en tono triunfal agregó.- Creo que me merezco un franco.

- Tiene razón. Se lo ganó. Recuérdemelo en cuanto terminemos este caso. Por ahora, como premio, lo invito a que veamos juntos el dossier de los peritos informáticos.

Dicho esto, abrió el sobre y –esperando otra perla, como la descubierta por su asistente- fue directamente a las conclusiones: “Desde la pc incautada en el country Majestic no se envió ningún email correspondiente al dominio castelar@bahamas.bs.”

- ¡No puede ser! ¡Me quiero matar!- exclamó desilusionado el joven Rossini.

- No exagere. Si todo fuera tan fácil no contratarían a personas racionales, metódicas y perseverantes, como supuestamente somos nosotros. En realidad tenemos dos noticias: una buena y una mala. Pero la buena es definitivamente buena y la mala podría serlo solo transitoriamente. Lo importante es que logramos descubrir que el segundo mail -atribuido al doble asesino de Castelar- fue enviado por alguno de los Gómez Rioja, o por algún allegado con acceso a sus computadoras y con facultades como para contratar servicios informáticos. Esa es la pista más firme encontrada hasta ahora y justifica el entusiasmo que usted tenía cuando yo llegué. Ahora tenemos que pensar cómo seguir avanzando, y lo mejor es que cada uno trabaje por separado.

Cuando el asistente se retiró, Anahí puso el cartelito de “No molestar” y cerró la puerta de su oficina. Luego se sentó y dejó volar sus

pensamientos. Fue entonces cuando recordó que solo había leído las conclusiones del dossier informático y decidió retomar su lectura desde el inicio.

El documento de los peritos informáticos se componía de dos partes: una referida a la pc incautada a Gabriel Colonna de “Castelar Digital” y otra con el análisis de la pc incautada a “*Castelar Nuestro*”, en el country “Majestic”.

Ambas pc habían recibido el segundo mensaje que el presunto asesino envió desde el dominio castelar@bahamas.bs. Y el principal hallazgo era que para esos dos mensajes se había utilizado el mismo locutorio ubicado en Morón, cuyos datos se adjuntaban.

Inmediatamente, la comisario llamó a su asistente y le comunicó la novedad.

- ¡Desde un locutorio! –exclamó Rossini. -Pudo ser cualquiera.

Ese tal Domecq también usó un locutorio para el primer mail.

- Sí, pero Domecq no envió copia a “*Castelar Nuestro*”. Le recuerdo que ese quinto destinatario solo fue incluido en el segundo mensaje atribuido a Zocas.

- Tiene razón comisario.

- Ahora tenemos que focalizarnos en dos cursos de acción. Por un lado, voy enviar a gente de Investigaciones al locutorio de Morón para ver si hay cámaras de seguridad en el local o en la calle. Ya conocemos el día, la hora y la pc utilizada. Por otro lado, nuestra principal pista es que el dominio castelar@bahamas.bs fue contratado y pagado por intermedio de “Sales Consulting SA”. Así que le voy a pedir al Fiscal que ordene una pericia contable para ubicar a quién firmó la autorización.

- Ok. Pero eso lleva tiempo -osó opinar el asistente.

- ¿Entonces?- preguntó de no muy buen tono la comisario.

- Tal vez podríamos intentar por dos caminos a la vez. Hoy debería estar regresando al país Gonzalo Gómez Rioja, el hijo del “dandi”, que parece ser el verdadero responsable de “*Castelar Nuestro*”. Cuando fuimos al country “Majestic” incautamos la pc de Gonzalo pero la notebook la tenía con él, en Miami. Bueno, creo que ahora deberíamos requisarla y someterla a los mismos análisis que a la pc.

- Me parece bien. Lo que abunda no daña- dijo la jefa.-Vamos a pedirle ambas cosas al fiscal.

- ¡Esperemos que no se haga el distraído! Me parece que no le gusta molestar a los ricachones -agregó el asistente, quien padecía de “lengua fácil”.

CAPÍTULO (XXIV): KUKLUX

Cuando regresaba de Luján, Domecq decidió hacer una parada en Castelar y buscar, en la calle Santa Rosa, el bar “Kuklux” que le había mencionado Bustos.

Esa calle tenía una característica especial, casi marginal. Cada

vereda pertenecía a distinto municipio: una a Morón y la de enfrente a Ituzaingó. Es decir que con solo cruzar la calle se cambiaba de jurisdicción y se podían evadir ciertos controles.

Entre tantos bares temáticos, "Kuklux" pasaba desapercibido. Su frente era lúgubre, con un letrero "dark". Al ingresar, el veterano periodista encontró un lugar poco iluminado y con escasa clientela: sólo parejas.

- Debería haber invitado a Caron -pensó.

En las paredes había ampliaciones de fotos antiguas, todas en blanco y negro. Desde su asiento no podía identificar su contenido, excepto una muy cercana en la que se destacaban las puntiagudas capuchas del "Ku Klux Klan".

Mientras la mesera le alcanzaba la lista de bebidas, Domecq notó que la joven llevaba puesta una remera con la tristemente famosa inscripción: "God, Race, And Nation". Sin hacer comentarios, el jubilado eligió una cerveza artesanal y -argumentando que tenía que hacer tiempo, pidió algo para leer. Al rato, la muchacha regresó con la cerveza, un recipiente con maníes, un diario y varias revistas de autos y motos. Mezclado entre las publicaciones, había un ejemplar de "Castelar Nuestro", cuya contratapa estaba íntegramente ocupada por una publicidad de "Kuklux".

Revisando una vistosa revista extranjera dedicada a las motos, encontró el siguiente texto: "*America, Our Nation is Under Judgement from God! There is a race war against whites*". Como el conocimiento del idioma inglés no era su fuerte, Domecq sacó su notebook, buscó la web <http://www.kkk.com/> y usó el traductor. La versión española era la siguiente: "*América, nuestra nación está bajo juicio de Dios. Hay una guerra racial contra los blancos y el odio hacia nuestros hijos y su futuro está creciendo. Dios, Patria y Hogar son los principios de nuestra civilización cristiana occidental, hay una guerra para destruirlos y los hermanos en la fe debemos defenderlos. Firmado: Director Nacional de Los Caballeros del Ku Klux Klan*".

Cuando la moza le trajo la cuenta, Domecq le preguntó si recordaba a Marcelo Bustos, el joven que había muerto baleado en el túnel de Castelar.

-Sí. Éramos compañeros acá. ¡Pobre Marce! ¿Por qué me pregunta?

-Soy amigo de la familia y recién su mamá me contó que él trabajaba en este bar. Así que vine a tomar una copa en su memoria -inventó el periodista.

-Justamente, en la barra está "Rulo" que era su mejor amigo.

- No lo conozco, pero me gustaría charlar con él. Por favor, le podés explicar quién soy y decirle que le invito a mi mesa para compartir una cerveza.

- Sí, cómo no.

Mientras Domecq asociaba el nombre de "Rulo" con uno de los apodosados manuscritos por el hijo de Bustos, un joven se le acercó arrastrando desganadamente sus pies. Era un veinteañero típico. Ni más ni menos desprolijo que el resto de su generación.

- ¡Gracias por acompañarme! -comenzó Domecq. - ¿Qué querés tomar?

- Nada. Trabajando en un boliche te cansás de tomar.

- ¿Qué hacía Marcelo acá?

- Era lavacopas. Desde que murió yo lo estoy reemplazando.
- ¿Eran amigos?
- Sí. Nos conocíamos desde la primaria y fuimos compañeros en el fútbol y hasta en el grupo carismático.
- ¿Qué grupo carismático?
- El de la iglesia de Castelar.
- ¿Él era católico practicante?
- Sí.
- ¿Y vos?
- También ...más o menos ...depende...
- Suena raro oír que dos muchachos religiosos trabajaron en “Kuklux”.

- ¿Qué tiene de raro?
- Porque desde el nombre este bar tiene un tufillo a secta.
- Uno trabaja donde puede.
- ¿Y no te molesta?
- Sí. Pero eso lo charlo con los carismáticos.
- ¿Marcelo hacía lo mismo?
- Sí. Él hasta habló con el exorcista.
- ¿Cuál?
- El cura español que vino el año pasado.
- ¿Vos estuviste?
- Sí. Marcelo me pidió que lo acompañara.
- ¿Y por qué le interesaba el exorcismo?
- Tenía miedo de contagiarse.
- ¿Contagiarse de lo demoníaco? ¿Cómo?
- Trabajando acá.
- ¿Por qué?
- Usted dijo que hay tufo a secta. Bueno, tal vez por eso.
- ¿Es solo tufo o hay algo más?
- Tengo que trabajar ¿Chau! - lo interrumpió “Rulo”, dando por terminada la charla.

Intrigado por los comentarios del muchacho, Domec recurrió a su notebook y buscó: “exorcismo carismático”. Entonces, apareció un archivo de Youtube con una reveladora entrevista al padre José Antonio Fortea, párroco madrileño, teólogo especializado en demonología y autoridad eclesiástica para asuntos de exorcismos. Al descubrir que ese cura había visitado Castelar, Domec decidió copiar los párrafos principales en su notebook, para luego mostrárselos a Bustos:

- *“¿Existe el demonio?*
- *Para la Iglesia no hay duda, el demonio existe y no como un símbolo sino como una persona que se rebeló contra Dios y está condenado eternamente.*
- *¿Usted ha visto algún caso de personas que hayan sido poseídas por el demonio?*
- *Sí, ya he encontrado entre 20 y 30 casos indudables de poseídos.*
- *¿Puede contarnos lo que vio?*
- *Los poseídos pueden hablar en lenguas que desconocen,*

pueden estar dotados de una fuerza descomunal, vomitar objetos como cristales o clavos e incluso, en unos pocos casos muy extraños, pueden llegar a levitar.

-¿Y qué hace con ellos, cómo actúa?

- Hago lo que se llama el “Ritual de exorcismo”.

-¿En qué consiste?

- De forma muy resumida: se pide perdón por los pecados, se lee la Biblia, se reza la letanía de los santos y una larga oración a Dios y, al final, se hace una conjuración al Demonio ordenándole que salga del cuerpo.

-¿Cuánto puede durar un exorcismo?

- De 30 minutos a varios meses. Depende de muchos factores pero para liberarse del demonio hay que abandonar el pecado, aceptar a Cristo y perseverar.

-¿Y qué le sucede al poseído cuando lo cura?

- No es una cura, es como una liberación. Se pone peor y peor hasta que lanza un grito espantoso y cae sobre el suelo, en paz. Es como despertar de un sueño, no recuerdan nada del exorcismo.

- ¿Comparte la Iglesia Católica todo lo que nos acaba de contar?

- La posición oficial de la Iglesia es muy clara y así aparece en los documentos oficiales. En resumen, la postura es que existe el demonio, existe la posesión y el exorcismo tiene efecto.”

Tras horas de intensa lectura, Domecq estaba exhausto y perplejo. Acababa de acceder a aspectos del mundo real que siempre había creído circunscriptos al campo de la ficción. Todo había comenzado conversando con “Rulo” y, si el joven lavacopas estuviera en lo cierto, alguien debería investigar a “Kuklux” para averiguar cuál era su relación con “Castelar Nuestro”, la revista con artículos y cartas de lectores sobre las sectas satánicas.

Mientras pedía la cuenta, Domecq se hizo una última pregunta:

- ¿Acaso esto tendrá algo que ver con el doble crimen de

Castelar?

Justo cuando se levantaba para retirarse, el periodista descubrió que –acompañado por una extraña pelirroja- había ingresado al local un joven bien vestido, bronceado y pintón, quien –con voz autoritaria- comenzó a dar órdenes, como si fuera el dueño.

CAPÍTULO (XXV): CUARTO CRIMEN

Una vez más, el aporte del Laboratorio de Informática fue relevante. Ya habían descubierto la relación entre el misterioso dominio castelar@bahamas.bs y “Sales Consulting SA”, una sociedad de la familia Gómez Rioja. También habían analizado la pc de “Castelar Nuestro” y ahora habían hecho lo mismo con la computadora portátil de su joven director, llegando a una lapidaria conclusión: el dominio castelar@bahamas.bs había sido contratado desde la notebook de Gonzalo Gómez Rioja.

Ante la posibilidad de haber encontrado al asesino serial de

Castelar, la reacción policial y judicial fue inmediata y efectiva. Poco después los patrulleros bonaerenses ingresaban al country “Majestic” y detenían al sospechoso.

Ya en la comisaría, para aprovechar la difusa delimitación entre interrogatorio y entrevista, Aberanda se apresuró a entrevistar al detenido.

La imagen del joven Gonzalo estaba en las antípodas de las de un asesino serial. Lucía como lo que era, un veinteañero de buena vida, bronceado, deportista, perteneciente a una familia muy adinerada. Tenía buenos modales, era respetuoso y respondía con una serenidad no exenta de firmeza.

Conciente de la responsabilidad que estaba asumiendo en su impreciso rol de interrogador, Anahí inició una charla informal, para luego ir avanzando gradualmente en busca de información útil. Sus primeras preguntas fueron de tono cordial y se relacionaron con la familia, amistades, estudios, hobbies, música y lecturas favoritas. Tras elogiar su espíritu emprendedor, la comisario le preguntó qué lo había inducido a llevar adelante un proyecto de la magnitud de “*Castelar Nuestro*”.

- Quería generar mis propios recursos creando una revista para los jóvenes de la zona.

- ¿La revista da ganancias?

- No. Por eso mi viejo quiere venderla.

- ¿Las notas periodísticas las hacés vos?

- Sí.

- ¿El dominio castelar@bahamas.bs es tuyo?

- No recuerdo.

- Se gestionó desde tu notebook.

- ¿Seguro? -preguntó Gonzalo con cara de sorpresa.

- Sí.

- ¿...? –el sospechoso se limitó a levantar las cejas y encogerse de hombros.

- ¿Alguien más usa tu notebook?

- Al menos no que yo sepa.

- ¿Sí o no? -preguntó con autoridad la comisario.

- No sé. Tal vez mi hermano, o algún amigo o compañero de la facultad. Yo la llevo a todos lados. Hasta de vacaciones. Pudo haberla usado la mucama del hotel de Miami, o un hacker.

- ¿Un hacker?

- ¿Si hackean al FBI y a la Casa Blanca, porque no podrían hackearme a mí?

El sonido del celular de Anahí interrumpió el diálogo. Ella atendió. Era el Fiscal. Se había presentado el padre de Gonzalo, con su letrado, invalidando cualquier interrogatorio que no fuera hecho en sede judicial, con presencia del fiscal y del abogado defensor.

Aberanda comprendió que había perdido esa batalla y podía perder la guerra. No era la primera vez que el diablo metía la cola en este sistema judicial débil, propenso a los abusos y atropellos de quienes tienen más poder.

Como su única arma era la investigación y la acumulación de pruebas -mientras el detenido era trasladado- ella ordenó que una patrulla volviera a la casa de los Gómez Rioja, en el country, e incautara todo lo que

encontraran de interés policial en la habitación de Gonzalo.

No satisfecha, se comunicó con el oficial a cargo de la pesquisa en el locutorio de Morón:

- Le estoy mandando la foto del único detenido -dijo la comisario. - Quiero que revisen mil veces las imágenes hasta ubicar la de este “hijo del poder”.

“Si algo puede salir mal, saldrá mal”, dice la ley de Murphy, y Anahí podría adaptarla a: “Si un día comenzó mal, empeorará”. Porque, en cuanto cortó la comunicación, Rossini ingresó a su oficina y -con el rostro demudado -dijo:

-¡Zocas volvió a matar en Castelar!
- Maldición -exclamó la comisario. – ¡No puedo creerlo! Otro asesinato justo mientras el principal sospechoso estaba detenido. ¡Nuestra pista se fue al carajo!

Para que no se dudara de su autoría, el asesino dejó -junto a su nueva víctima- una nota firmada, con el resumen de los crímenes cometidos:

“2 +2 +2 +1 = 7, Zodiac de Castelar”

Al asumir el nombre con que lo había bautizado el periodismo, confirmaba su rol de copycat del asesino del Zodíaco, en California, cuyos primeros siete crímenes habían tenido la misma secuencia.

La comisario Aberanda, tal como había sostenido en su propia tesis, estaba convencida de que la única pista útil para atrapar a un “asesino imitador” era seguir la historia del “héroe imitado”.

Entonces, lejos de darse por vencida, buscó en la web el libro de Robert Graysmith, para releer los detalles del cuarto crimen que “Zodiac” había cometido en California. Se trataba del taxista Paul Lee Stine de 29 años, que fue asesinado de un tiro en la cabeza, dentro de su taxi, en 1969

- ¡Un taxista! –masculló Anahí. – Con un tiro en la cabeza. Igual que en Castelar.

No había dudas, Zocas seguía repitiendo casi exactamente los crímenes de “Zodiac”. Por lo tanto, la única forma de atraparlo era continuar el análisis de lo ocurrido en Estados Unidos hasta lograr anticipar su próximo paso.

Según Robert Graysmith, el día siguiente al cuarto crimen, “Zodiac” envió al diario San Francisco Chronicle una carta confirmando su autoría: “Soy Zodiac, el asesino del taxista en la esquina de Washington con Maple ayer por la noche. También maté a las otras seis personas”. Junto a la carta estaba un trozo de tela ensangrentada. Tras analizarlo, la Policía confirmó que la sangre correspondía realmente al taxista Paul Lee Stine.

- El siguiente paso de “Zodiac” fue este mensaje, pero como Zocas había reemplazado las cartas por mails, su próxima movida debería ser un correo electrónico -concluyó la comisario.

Inmediatamente convocó a su equipo y les pidió que monitorearan en tiempo real los mails que ingresaban a los cinco medios de comunicación que habían recibido el anterior mensaje del asesino. El plan era localizar el lugar de emisión del mail y atrapar a Zocas con las manos en la masa.

En ese momento sintió hambre. No había tenido tiempo de comer nada. Ya estaba pensando en encargarse un sándwich, cuando la patrulla la

llamó desde el country.

- Comisario, creo que debería venir, porque acá hay una biblioteca atestada de discos, libros, revistas y papeles.

- No puedo moverme de mi oficina. Estamos haciendo un seguimiento en tiempo real. Ustedes tendrán que revisar bien todo ese material. Busquen ordenadamente, estante por estante, especialmente hojas marcadas, resaltadas, subrayadas o con notas al margen. Después clausuren la habitación con un precinto, carguen todo en el auto y tráiganlo.

- Sí, señora.

Horas más tarde los libros y papeles incautados ingresaban al despacho de Aberanda. Ella decidió dejarse llevar por la intuición e inspeccionar primero los recortes periodísticos encontrados. Su sorpresa fue tremenda cuando descubrió un artículo que trataba sobre "The Zodiac Killer", quien -según el autor de la nota- seguía vivo, tenía 91 años y vivía en California.

- ¡Bingo! -exclamo la comisario y, en un instante resumió mentalmente los elementos de prueba contra Gonzalo:

1. Su notebook se utilizó para contratar castelar@bahamas.bs;
2. Desde ese dominio se envió el mensaje auto atribuido al doble asesino de Castelar.
3. Ese mensaje repetía frases usadas por Zodiac de California.
4. En su biblioteca, Gonzalo tenía material sobre "The Zodiac Killer" y sus asesinatos seriales.

Si bien la frutilla del postre sería encontrar la imagen de Gonzalo en el locutorio de Morón, Anahí ya tenía suficientes pruebas como para culparlo de ese delito. Sin embargo, aunque Gonzalo reconociera haberse denunciado con aquel mensaje, aún faltaba lo más difícil. Era necesario demostrar su presencia en la escena de los crímenes.

Otro elemento faltante era el móvil.

- ¿Sería posible que ese joven playboy se hubiera convertido en un asesino serial? ¿Acaso Kurt Wallander tenía razón al afirmar que "No existen asesinos, sino personas que cometen asesinatos"?

Para responder estas preguntas, la Comisario necesitaba meterse en la cabeza de Gonzalo. Entonces, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, Aberanda se sentó en la posición que le resultaba más cómoda -con los pies sobre el escritorio- y comenzó a revisar todo el material incautado en aquella enigmática biblioteca. Su instinto policíaco buscaba la punta del hilo, para comenzar a tirar.

CAPÍTULO (XXVI): ZORRO VIEJO

Aquella mañana, Domecq estaba remoloneando en la cama, evocando una y otra vez el maravilloso sueño en el que Caron –como lady Godiva– cabalgaba hacia él, desnuda, sobre un caballo blanco. De pronto, una inoportuna llamada interrumpió el hechizo. Era Bustos anunciándole que

nuevamente podía acceder a las salidas transitorias y le proponía encontrarse en Castelar.

Miró a su alrededor. Todos los ambientes necesitaban una limpieza a fondo. Su casa olía a encierro y soledad. Aquel era el día que había agendado para esas tareas, pero el llamado de su amigo justificaba postergarlas, otra vez.

Al mediodía, después de esperar un buen rato en “Tarzán”, el histórico bodegón que estaba frente a la estación, el veterano periodista vio llegar el tren procedente de Luján. Poco después, Bustos ingresaba al local y saludaba afectuosamente al dueño. Luego se abrazó con Domecq y se sentó. Mientras esperaban que les sirvieran el plato del día, el periodista comenzó contando su experiencia en “Kuklux” y los comentarios de “Rulo” respecto a su vinculación con religiosos de Castelar, para protegerse contra la contaminación sectaria que pululaba en aquel bar dedicado al “Ku klux klan”. Luego, se explayó respecto a los resultados de su investigación sobre los exorcistas carismáticos.

A su turno, Bustos comentó haber leído minuciosamente los libros y revistas que habían pertenecido a Marcelo, y manifestó su sorpresa ante el interés de su hijo por ciertos temas. Además, el ex policía, confesó la tardía satisfacción que le produjo descubrir la oculta religiosidad del joven, quien –en vida –lo había tenido preocupado por su interés en las sectas. En especial su apasionamiento por el libro “Rituales Satánicos”, donde se narra el asesinato ritual de un niño correntino por parte de una secta devota de “San la Muerte”.

Con respecto a los carismáticos de Castelar, Bustos no tenía idea de los mencionados exorcismos, pero había mantenido una buena relación con el párroco, cuando –como policía en ejercicio- debió investigar una serie de ataques vandálicos contra el edificio de la capilla.

Fue entonces, cuando Domecq le sugirió ir a ver a ese cura, ya que –seguramente- podría aclararles el tema.

Después del almuerzo, cuando el dueño de “Tarzán” trajo los cafés, les pidió permiso para sentarse a su mesa para comentarles algo.

- Como no está en los diarios, no sé si se habrán enterado que anoche mataron a un taxista.

-No –contestó Bustos, mientras que Domecq también negaba moviendo la cabeza.

- Lo mataron dentro del taxi, de un tiro en la cabeza –agregó el dueño. – Sus compañeros están preocupados porque en las últimas semanas ya asaltaron a varios de sus colegas y la policía no tiene pistas. Como precaución, hace unos días decidieron tomar pasajeros exclusivamente en esta parada, descartando los posibles clientes que les hicieran señas en la calle. Además, cuando van a buscar a un pasajero a domicilio, dejan asentado en un cuaderno todos los datos de la llamada. Pero, a pesar de esos recaudos, ahora ya hay un muerto. Los “tacheros” tienen miedo pero necesitan seguir trabajando. Esta mañana me dijeron que quieren contratar a alguien que investigue y los proteja. Por eso, al verlo a usted que fue policía y es un experimentado zorro viejo, pensé en proponérselo.

- Gracias, pero en este momento no puedo aceptar un trabajo de esa responsabilidad. Sin embargo, me gustaría dar una mano. Después voy a hablar con los taxistas para ver si puedo aportar algo.

- Ok –dijo el dueño, levantándose y dejándolos solos.
Fue entonces cuando Domecq que había encendido su notebook –exclamó. - ¡Mire Bustos, fue Zocas!

El periodista había ingresado a la web de “Crónica del Oeste”, donde -en primera plana- se informaba: “Asesino serial mata a taxista”.

Bustos acercó su silla para ver mejor, y ambos leyeron todo el artículo.

“Anoche, en el interior de un taxi -estacionado junto al cerco perimetral de la cancha de Matreros- el conductor fue encontrado muerto, con un tiro en la cabeza. Pese al hermetismo policial, como primicia exclusiva, podemos afirmar que el asesino dejó el siguiente mensaje: 2 +2 +2 +1 = 7, Zodiac de Castelar. Lo que confirmaría que se trata del asesino serial”.

- Creo que coincide con lo de California –dijo Bustos.

- Veamos -respondió Domecq buscando en su computadora portátil. – Con respecto al cuarto crimen de “Zodiac”, Robert Graysmith dice que se trataba de un taxista que fue asesinado de un tiro en la cabeza, dentro de su taxi.

- ¡El hijo de puta de Zocas volvió a copiar a “Zodiac”! - exclamó Bustos.

- ¿Qué podemos hacer? –preguntó Domecq.

- Vamos a hablar con los taxistas.

Acompañado por el dueño del bodegón, y mientras Domecq escuchaba en silencio, el ex policía conversó largamente con los taxistas, a medida que estos iban llegando a la parada. Casi una hora después recién consiguió el primer dato útil. La noche del crimen, habían visto a una pelirroja subir al taxi de la víctima, pero no podían asegurar que aquél hubiera sido su último y fatal viaje. Cuando ya se retiraban, a Domecq le llamó la atención un comentario. Alguien acaba de decir:

- Un mariposón menos.

Como Bustos no había escuchado, Domecq le dijo:

- Parece que el taxista asesinado era gay.

- ¿Acaso alguna de las víctimas anteriores también era homosexual?

- No, que yo sepa.

- Entonces, no creo que sea un dato útil para la investigación - respondió Bustos, y agregó:

- Mejor vayamos a visitar al cura carismático, para preguntarle sobre el exorcismo en Castelar.

CAPÍTULO (XXVII): LA PELIRROJA

Mientras su asistente clasificaba e inventariaba el material incautado en la casa de los Gómez Rioja, la comisario Aberanda se concentró en el artículo periodístico donde se afirmaba que Arthur Leigh Allen -un viejo de 91 años, racista, antisemita, homofóbico y anticomunista- sería el tristemente célebre asesino del zodiaco. Pese a todos los esfuerzos realizados durante

décadas para capturarlo, Arthur Leigh Allen seguiría impune gracias a la formidable protección que le brindaba el poderoso “Ku klux klan”.

Al leer este párrafo, Anahí no pudo dejar de sorprenderse. Nunca antes había tenido conocimiento de que “Zodiac” fuera racista

En ese momento se acercó Rossini con dos libros encontrados entre el material que estaba clasificando. El primero era el best seller de Robert Graysmith . El segundo llevaba por título “The Zodiac Killer”, y había sido escrito por Lyndon E. Lafferty, el investigador que descubrió la relación entre el asesino serial y el “Ku klux klan”.

En el libro de Graysmith había muchas anotaciones y párrafos supuestamente resaltados por Gonzalo. En el primer doble asesinato de “Zodiac”, había anotado “negro”, en el segundo doble crimen estaba escrito “judío”, en el tercero “converso” y en el cuarto “gay”.

El sonido de su celular interrumpió las elucubraciones de la comisario. Era uno de los técnicos que monitoreaban en tiempo real los correos electrónicos que ingresaban a los cinco medios de comunicación que habían recibido el anterior mensaje del asesino serial.

- ¡Lo encontramos! –dijo el agente. – Zocas acaba de enviar un mail desde el mismo locutorio de Morón.

Con la mayor rapidez posible, acompañada por su asistente y otro policía que conducía el patrullero, Anahí recorrió la decena de cuadras que la separaban del locutorio. Mientras ella ingresaba acompañada por Rossini, el otro agente quedó en la puerta bloqueando la salida. A esa hora de la tarde el local de “Pago Fácil” ya había cerrado y los únicos clientes estaban utilizando las cabinas telefónicas o las computadoras. En este último menester había cinco jóvenes, dos de ellos con capucha. Los policías dieron la orden de que nadie se moviera y revisaron las pantallas de las pc. Los cinco usuarios habían estado jugando en red, pero uno de los encapuchados intentaba cubrir con su borceguí un papel que estaba en el suelo. Aberanda se agachó y lo recogió. Era el borrador del mail que acaba de ser enviado. Apenas vislumbró el contenido, ella le hizo un gesto a su asistente y éste le tomó el brazo al joven y le puso las esposas.

La comisario aprovechó para leer el texto completo: “*Soy Zocas de Castelar y ayer asesiné a un taxista frente a la cancha de Mataderos. También maté a las otras seis personas. En total 2 +2 +2 +1 = 7*”.

Al terminar de leer, le sacó la capucha al detenido y descubrió que no se trataba de un muchacho sino de una chica. Una pelirroja con un doble piercing en los labios.

- ¡Documentos! –exigió la comisario, y la chica mostró un DNI a nombre de Ema Sanger

- ¿Qué significa este mail? –le preguntó.

- No sé. Un tipo me pagó para que lo mandara –respondió la joven.

- ¿Lo conocías?

- No.

- ¿No te sorprendió que el texto mencionara asesinatos?

- Pensé que era una joda.

- ¡No es una joda! ¡Vamos a la comisaría!

- ¿Me va a llevar en cana?

- Por supuesto. No tenés idea del lío en que te metiste.

- ¡Pero...! –comenzó la pelirroja.
- ¡Vamos! –la interrumpió secamente Aberanda.

Ya en su despacho, intentó asociar el llamativo color del pelo de la chica con alguna imagen reciente. Entonces le preguntó a su asistente si recordaba haber visto antes a la pelirroja.

- En la habitación de Gonzalo había una foto de egresados y entre las chicas había una de pelo colorado –contestó Rossini.

- ¡Sí! –exclamó Anahí. –Por eso me resultaba familiar.

Acto seguido les ordenó a dos agentes que fueran al “Majestic” y trajeran ese cuadro. Pero que –además- buscaran otras fotos en las que Gonzalo apareciera acompañado. Ahora parecía ser importante conocer al grupo de amistades del principal sospechoso.

En cuanto los agentes salieron a buscar las fotos, la comisario retomó la revisión de los libros incautados en “Majestic”. Otro texto con anotaciones y muy subrayado era “Psicópatas famosos”, donde se narraban las crueles historias de Nerón, Atila, Iván el terrible, Jack el destripador, Stalin, Hitler, Charles Manson y muchos otros. Las siguientes frases no solo estaban subrayadas sino -además- resaltadas en amarillo flúor: *“Los psicópatas no sienten empatía por el prójimo ni remordimiento por sus actos, Para ellos las personas son cosas, objetos que sirven para satisfacer sus propios intereses. Lo terrible sucede cuando no pueden evitar hacer daño. Pero no todos los asesinos son psicópatas, ni todos los psicópatas son asesinos”*.

Al regresar del country “Majestic”, los agentes interrumpieron la lectura de Aberanda. Sobre su escritorio dejaron el cuadro que les habían solicitado y un álbum de fotos. Primero, ella se interesó por la foto enmarcada que correspondía a la promoción 2010 del “Colegio Alberdi”, de Castelar. La imagen ampliada permitía identificar claramente a Gonzalo Gómez Rioja y a la pelirroja, Ema Sanger. Ya no cabían dudas, Ema y Gonzalo se conocían y estaban involucrados en el caso Zocas. En el álbum aparecieron más fotos de ellos dos, como si fueran pareja.

Pero esa no sería la única buena noticia. El policía que estaba revisando los videos grabados por las cámaras del locutorio, descubrió que las imágenes -correspondientes al día y hora en que Zocas envió su primer mensaje- mostraban a Gonzalo y Ema ingresando al cyber.

- ¡Los tenemos! -exclamó la comisario.

Inmediatamente, decidió entrevistar a la pelirroja para interrogarla y presionarla. Lo hizo en su despacho, acompañada por otra policía femenina, encargada de grabar la conversación. Luego de las cuestiones formales, le dijo:

- ¡Se te acusa de asesinato!

- ¿Qué? –exclamó la chica.

- Además de las pruebas que te inculparon hoy, tenemos la grabación de cuando Gonzalo y vos enviaron el primer mensaje atribuyéndose los crímenes seriales ocurridos en Castelar.

- ¡Nooooo! –gritó furiosa.

Pero luego de un breve ataque de ira, la pelirroja exigió:

- ¡Llaman al abogado de Gonzalo!

- Primero tenés que contestar mis preguntas.

- ¡No voy a hablar! –replicó desafiante.

Mientras la mujer policía acompañaba a Ema hasta su celda, Rossini ingresó al despacho de Aberanda y dijo:

- Al taxista no lo mató Gonzalo porque estaba detenido. ¿Usted piensa que pudo ser la pelirroja?

- Es la principal sospechosa -respondió ella.

- ¿Será la novia de Gonzalo y mató al taxista para desviar las pistas que conducen a él?

- Suena novelesco, pero toda esta historia parece de ficción. Por eso, nuestros siguientes pasos serán: por un lado allanar la casa de Ema. Por otro, buscar el ADN de Gonzalo y la pelirroja en cada escena de crimen.

CAPÍTULO (XXVIII): EXORCISTAS CARISMÁTICOS

Sonriente, el Padre Juano salió a recibirlos. Saludó afectuosamente a Bustos, quien –a su vez- le presentó a Domecq.

El ex policía inició la conversación preguntando si se habían vuelto a repetir los ataques vandálicos contra la capilla, y el religioso reconoció que esa era la lamentable realidad. Luego, como quitándole dramatismo al tema, reconoció que la mayoría de las veces eran solo pintadas con aerosol. Pero luego agregó que pocas semanas atrás habían roto ventanales a pedradas. Consultado sobre si los agresores estaban identificados, el sacerdote respondió que había sospechosos, pero que las pruebas no eran suficientes como para inculparlos.

Entonces, Domecq aprovechó para intervenir y comentar que – como periodista- estaba interesado en documentar la violencia juvenil que asolaba Castelar. Y agregó que un muchacho la había relacionado con grupos sectarios que agredían a jóvenes creyentes del movimiento carismático.

Con la sutileza propia de su formación religiosa, el Padre Juano dejó en claro que no le había gustado la pregunta. Argumentó que la violencia juvenil en la zona no era distinta a la del resto del Conurbano, donde ha penetrado la droga. Y que los que se acercan a la “Renovación Carismática” podían ser víctimas de la inseguridad al igual que cualquier otro hijo de vecino.

Temiendo que ese fuera el fin de la conversación, Bustos manifestó que siempre había escuchado comentarios elogiosos sobre el movimiento carismático, pero que nunca había tenido información de primera mano. Entonces, abusando de la amabilidad del sacerdote, le pidió que -por favor- lo desasnara.

Satisfecho por el cambio en la orientación de la charla, el religioso comenzó a explicar:

- Sin entrar en disquisiciones teológicas podemos decir que la “Renovación Carismática” es la invocación al Espíritu Santo, por medio de la oración, para pedirle que actúe con sus dones extraordinarios.

- ¿Dones extraordinarios? –preguntó Bustos.

- Sí. Los dones extraordinarios que puede conceder Dios son muchísimos y muy variados, pero yo me estoy refiriendo a los nueve carismas de los que habla San Pablo: sabiduría, ciencia, discernimiento de espíritus,

milagros, don de sanación, fe, profecía, don de lenguas, e interpretación de las lenguas.

- ¿Y el exorcismo? –interrumpió Domecq.

- La primera facultad que Jesús confiere a los apóstoles, es: «*expulsarán demonios en mi nombre...*» (Mc. 16, 17) –comenzó el Padre Juano, y continuó: -El Ritual de Exorcismos está regulado por el Código de Derecho Canónico y sólo lo puede realizar un sacerdote con permiso expreso. Algunos de esos sacerdotes pertenecen a la “Renovación Carismática”.

La curiosidad periodística pudo más que la prudencia, y Domecq arriesgó otra pregunta

- ¿Podría decirme si alguna de estas personas fue exorcizada? - preguntó Domecq mostrando una lista de víctimas de la violencia.

- Sí –respondió señalando el nombre de Joaquín Olites.

Inmediatamente, el sacerdote se paró y pidió disculpas por tener que dar por terminada la charla:

Ya en la calle, Bustos le preguntó a su amigo.

- ¿Ese Joaquín Olites es una de las víctimas de Zodiac?

- ¡Sí! -respondió Domecq. -¡Por fin las pistas comienzan a entrecruzarse!

- ¿Qué le parece si vamos a tomar algo a “Kuklux”? –preguntó el ex policía.

- Estaba por proponerle lo mismo –respondió el periodista.

A esa hora de la tarde el bar estaba vacío, la clientela recién comenzaba a llegar para el “after hours” y lo colmaba a la noche, en la previa de los boliches bailables. “Rulo” conocía de vista a Bustos y recordaba a Domecq. Con tiempo libre y sin testigos, la charla fue cordial y fluida.

“Rulo” y Marcelo habían conformado una fuerte pareja de paddle y sus principales rivales fueron “el vasco” Olites y “Pintita”. Después de los partidos, el tercer tiempo, regado con cerveza, lo pagaban los perdedores, pero siempre en “Kuklux”, propiedad de la familia de “Pintita”.

Marcelo Bustos y “Rulo” se conocían desde la primaria, en “Sofía Barat”. “Pintita” Gómez Rioja y Joaquín Olites eran amigos del barrio. Los cuatro habían sido bastante unidos hasta que Olites se abrió del grupo. Años más tarde, “el vasco” reapareció y comenzó a salir con “La bruja” una pelirroja rara que le lavó el cerebro y lo manipulaba a su gusto. Joaquín comenzó a tener alucinaciones y comportamientos extraños. Sentía angustia, ahogos, dolor, un fuego que le quemaba por dentro. Tenía visiones de entes, personas o espíritus misteriosos que sólo veía él. Escuchaba voces, casi siempre en idiomas extraños. Se transformó en racista y comenzó a odiar a los negros, los judíos y los extranjeros. Finalmente, según le confesó a sus amigos, había participado en rituales con sacrificios, de aves primero y de animales después. La etapa siguiente era el sacrificio de escorias humanas. Fue entonces cuando Marcelo pensó que podía estar poseído por el demonio y consultó con un cura carismático. No fue fácil convencerlo pero Olites se sometió al exorcismo. Cuando ya había comenzado a mostrar mejoría murió. Fue acuchillado junto a una amiga, cuando estaban conversando en el auto de ella.

El ingreso de clientes interrumpió la charla. “Rulo” se dedicó a atender a los recién llegados, mientras que Bustos y Domecq continuaban conversando.

- ¡El vínculo entre los crímenes de Zocas es el racismo! –exclamó Bustos.
- En el primer crimen una de las víctimas era negra, en el segundo una tenía apellido judío, y el último era gay. Pero Olites no encuadra en ese perfil –respondió Domecq.
- ¿Por qué no? –reaccionó el ex policía. - Era la oveja negra, un renegado, un satánico converso que se liberó recurriendo al exorcismo.
- ¡Entonces, tenemos una pista!

CAPÍTULO (XXIX): EL FISCAL

Gualterio Curinao estaba en una situación incómoda. Como fiscal de instrucción en el caso de los múltiples crímenes acaecidos en Castelar, no solo debía soportar la inevitable exposición mediática, sino también la presión de la influyente familia Gómez Rioja y su implacable ejército de abogados. Para colmo, la comisario Aberanda había desperdiciado el tiempo de la investigación en elucubraciones sobre los móviles del asesino, pero no había encontrado ninguna prueba concreta contra los sospechosos.

Gonzalo y Ema habían reconocido su responsabilidad en el envío de los mensajes atribuidos al asesino serial, pero -en su declaración judicial- habían argumentado que el envío de esos mensajes fue debido a razones publicitarias. Existía una dura competencia comercial entre la revista “*Castelar Nuestro*” y la web “*Castelar Digital*”. Esta última se había beneficiado con la explosión sensacionalista que le representó el hecho de haber recibido el primer mensaje del asesino. Por eso, Gonzalo habría inventado los siguientes mensajes, con copia a su propia revista, para contrarrestar la popularidad lograda por su rival.

La argumentación de la defensa era endeble, pero -ante la falta de otras pruebas- el fiscal decidió liberar a Gonzalo y Ema.

La comisario Aberanda estaba furiosa contra el fiscal, quien había puesto en duda su capacidad profesional. Justo ella que era una obsesiva laboral, al punto de haberse involucrado personalmente en cada pista y en cada allanamiento. En el último, llevado a cabo en el domicilio de Ema Sanger, había estado casi un día entero revisando exhaustivamente aquel enorme y tétrico loft, con techos altos, paredes descascaradas y con viejas cañerías a la vista, vidrios pintados de negro, colchones en el suelo, botellas desparramadas y sillas de distintas formas, tamaños y colores.

Cerca de la entrada, había un ambiente delimitado por un panel con posters de la banda de rock “Kiss” y otras imágenes de similar estética: jóvenes con cadavérico maquillaje facial, extravagantes trajes, crestas de pelos o cabezas rapadas, camperas de cuero con tachas, botas de estilo militar, jeans gastados o rotos y abundancia de tatuajes o piercings.

Bajo una potente lámpara, parecía haber un taller de tatuajes, con una máquina profesional, una autoclave esterilizadora, gran variedad de agujas, tintas y numerosos álbumes con diseños y tipografía. En la galería de fotos con los trabajos terminados, predominaban los símbolos de la magia, el

ocultismo y el mundo espiritual demoníaco. Entre otros: el pentagrama invertido, el hexagrama, Bafonet, rueda del sol o svástica, cruz Tau, cuerno druida, cruz invertida, zodiaco demoníaco, cabeza de cabra, la cruz satánica, el 666, y numerosas variantes de calaveras. Evidentemente, Ema tenía una fuerte inclinación por las ciencias ocultas y lo volcaba en sus tatuajes.

En un rincón, separado por una mampara totalmente negra, Anahí encontró algo parecido a un altar. Bajo una imagen de la Cabra de Mendez, una tabla mostraba la enigmática inscripción: “*IN NOMINE DEI NOSTRI SATANAS LUCIFERI EXCELSI*”. Un poco mas abajo, sobre una mesa con un mantel oscuro, había una vela negra, una campana, una calavera y una daga ceremonial. Más que el hogar de una chica rockera, el lugar parecía el templo de una sacerdotisa satánica.

Una gran cantidad de CDs de “Black Metal” evidenciaban que Ema compartía con Gonzalo su gusto por la música de “The Rolling Stones” (Their Satanic Majesties Request), “Iron Maiden” (666, The Number of the Beast), “Black Sabbath” (Heaven and Hell), “AC-DC” (Highway to Hell), “Venon” (In league with Satan) y muchos otros.

Pero, a diferencia de la habitación de Gonzalo, en este loft no había libros, solo revistas para amenizar la espera de sus clientes. En especial ejemplares de “Rolling Stones”, “Black Metal magazine” y algunos ejemplares de “*Castelar Nuestro*”, donde se promocionaba a “Ema Tatio”.

Todo indicaba que la pelirroja era un personaje extraño, pero ninguno de los elementos encontrados permitían relacionarla con los asesinatos de Castelar.

- Una de cal y una de arena –dijo Rossini. – Parece que su presión dio resultado. El Laboratorio Forense acaba de mandarle este informe urgente.

Fiel a su impaciente estilo, la comisario comenzó por las conclusiones:

“En las escenas de los dos primeros dobles crímenes de Castelar, se encontró un mismo ADN que no corresponde a ninguna de las víctimas. Ni corresponde a ninguna persona registrada en nuestra base de datos”.

- Se confirma que un mismo asesino ejecutó los dos crímenes - le explicó a su asistente.

- ¿Compararon ese ADN con los de Gonzalo y Ema? –preguntó él.

- Sí, y lamentablemente, no coinciden. Quizás esta parejita tenga razón y solo sean culpables de haber jugado a ser Zocas, enviando esos mensajes. Pero este misterioso ADN es nuestra pista más importante y debemos profundizarla -dijo Aberanda y agregó: - Por favor, cite a todo a mi equipo para una reunión urgente. Además, pida que nos traigan sandwiches porque tenemos una larga noche por delante.

Una vez que sus colaboradores se hicieron presentes, la comisario les informó el importante hallazgo realizado por los forenses.

- Ahora, nosotros tenemos que identificar a quién pertenece ese misterioso ADN. Nos vamos a dividir en cuatro equipos, cada uno de los cuales se focalizará en uno de los crímenes de Castelar. Revisaremos de punta a

punta la investigación y las imágenes de las cámaras. Vamos a preparar una lista con los testigos y demás personas que hayamos podido identificar en las escenas de los crímenes. Todos ellos van a ser citados para que el laboratorio determine su ADN. Estoy segura de que así vamos a encontrar a Zocas -los alentó.

CAPÍTULO (XXX): INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA

En ese momento, Domecq envidió a sus gatos. Los tres devoraban con similar fruición la comida que acaba de servirles. En cambio, su propia cena sería apenas un té con rodajas de pan viejo tostado, recubiertas de miel. En su heladera ya no había leche, ni manteca, ni mermelada, ni fiambres, ni queso, ni nada mejor que el pan con miel. Muchas veces había pensado en las ventajas de tener un freezer y un microondas, pero la decisión de comprarlos siempre sucumbía frente a la opción de seguir ahorrando para concretar el soñado viaje a su España natal.

Ya se había comunicado con Gabriel, de Castelar Digital, logrando convencerlo de incorporar en su newsletter un artículo de periodismo de investigación sobre los crímenes de Castelar. La gran cantidad de visitas que recibía esa web aseguraba una masiva difusión del artículo que estaba por redactar.

Cuando las cinco campanadas de San Cayetano acompañaban el amanecer sobre el barrio de Liniers, Domecq despachó aquel mail de impredecibles consecuencias.

Pese a su vasta experiencia, la redacción de aquella nota –clara, precisa y concisa- no le había resultado sencilla. Como todo periodista que se precie, Domecq buscaba la credibilidad y la confianza de los lectores. Pero su verdadero y secreto objetivo era llamar la atención de las autoridades. Había reunido suficiente información como para afirmar que este asesino serial imitaba al “Zodiac” de California y que su móvil era el satanismo racista. Pero no podía decirlo explícitamente. No tenía pruebas judicialmente válidas. De haberlas tenido debería haberse presentado ante la Justicia. Por eso debía guiar gradualmente al lector, llevarlo de la mano, paso a paso, en forma lenta pero firme, hasta que su propio razonamiento le permitiera llegar a la misma conclusión.

Esa primera incursión de Domecq en el ciberperiodismo, utilizando Internet para difundir su trabajo entre la inmensa audiencia digital, tuvo resultados sorprendentes. El portal virtual de Gabriel, con su masividad e inmediatez, transformó el artículo “*Los crímenes de Castelar*” en una noticia replicada en los más variados medios de comunicación. Los teléfonos de “Castelar Digital” y del propio Domecq, comenzaron a sonar incansablemente. La mayoría buscaba ampliar la información, muchos querían entrevistar al periodista, y no faltaron quienes intentaban negociar la exclusividad de las futuras notas.

Más temprano que tarde, la noticia llegó a oídos de la comisario Aberanda, quien -de inmediato- convocó al veterano periodista:

Al ingresar al mismo edificio policial donde había estado detenido, Domecq saboreó el placer de la revancha. Ya no llegaba como sospechoso sino como colaborador de la Justicia.

- Necesito que amplíe lo que publicó en la web –dijo ella mientras le estrechaba la mano y le indicaba un asiento.

- No puedo revelar mis fuentes –respondió él, mientras limpiaba sus gruesos anteojos.

- Tampoco puede ocultar pruebas –retrucó Anahí.

- No es mi intención encubrir a nadie.

- Entonces, sin revelar sus fuentes, cuénteme toda su investigación, comenzando con el supuesto satanismo racista.

Durante un par de horas, con preguntas y repreguntas, la comisario exprimió a su interlocutor, hasta obtener un dato clave: Joaquín Olites, víctima del tercer crimen, había sido exorcisado poco antes de su muerte.

Para Anahí no resultaba fácil reconocer que aquel jubilado miope y de hablar cansino, careciendo de la tecnología a disposición de la Policía Científica, había logrado avanzar más que ella.

En un raptó de humildad, ella preguntó:

- ¿Cómo descubrió todo esto?

- Para la gente de mi edad no hay nada nuevo bajo el sol – comenzó. – Y en mi larga experiencia periodística desarrollé un método de trabajo que mezcla observación, inferencia y deducción. Mi primer y elemental paso fue buscar hechos similares ocurridos en el pasado. Así, logré relacionar los asesinatos de Castelar con los de California. Después, mientras usted buscaba un criminal, yo busqué una historia y encontré racismo, satanismo y exorcismo.

- Pero... ¿quién es el asesino?

- No lo sé, pero ahora la búsqueda está acotada. Ya no busca a cualquier criminal sino a uno que mata negros, judíos, conversos y gays - respondió Domecq.

Inmediatamente, la comisario recordó el libro en el que Gonzalo había anotado esas mismas palabras.

En cuanto terminó la reunión con el periodista, ella llamó a su asistente:

- Tráigame el libro de “Zodiac” que incautamos en el country “Majestic” -ordenó.

Cuando el joven ingresó con el ejemplar pedido, la jefa lo hojeó y luego dijo:

- Rossini, imagínese que usted es el fiscal y yo le muestro este libro en el que Gonzalo anotó: negro, judío, converso y gay, al lado de cada uno de los cuatro crímenes de California. Y luego le digo que entre las víctimas de Castelar también había un negro, un judío, un converso y un gay. ¿Usted me autorizaría a detener e interrogar nuevamente a Gonzalo?

- No.

- ¿Por qué?

- Porque no es prueba suficiente. Y menos contra un Gomez Rioja. Las anotaciones confirman que el muchacho conoce bien la historia de “Zodiac”, pero nada lo vincula con los crímenes de Castelar.

- Lamentablemente, tiene razón. Y lo mismo pasa con la pelirroja. Ya detuvimos y allanamos las casas de los dos sospechosos...
- Pero no pudimos interrogarlos a fondo –interrumpió Rossini.
- En fin. Mejor aprovecho este impasse para ir al shopping a buscar un regalo de cumpleaños para mi hijo mayor.
- Cómprele una Play Station –sugirió Rossini.
- ¿Con mi sueldo de hambre? –retrucó la comisario.

CAPÍTULO (XXXI): EL VASCO

Aquella mañana, al llegar a su oficina, la comisario encontró un sobre que la esperaba sobre su escritorio. Tenía el rótulo URGENTE y había sido enviado por el laboratorio. Lo abrió y se topó con una excelente noticia. Los forenses habían identificado el ADN encontrado en los dos primeros crímenes: pertenecía a Joaquín Olites, la víctima del tercer asesinato.

De inmediato, se comunicó con el fiscal y obtuvo una orden de allanamiento.

Acompañada por Rossini y otra agente de su equipo, Aberanda llegó al domicilio del vasco Olites. La esperaba una escena dolorosa. Una mujer de luto, emocionalmente quebrada por la reciente muerte de su hijo, intentó resistirse a esa ultrajante requisita policial. Finalmente, mientras la agente de policía tranquilizaba a la dueña de casa, la comisario y Rossini revisaron la habitación de Joaquín. Todo estaba en perfecto orden, como esperando el imposible regreso del joven. Comenzaron inspeccionando los libros, pero no descubrieron nada sospechoso que lo vinculara con las lecturas de Gonzalo. En cambio, como su hobby había sido la fotografía, encontraron centenares de copias y un equipo profesional. Para no irritar más a la pobre madre, precintaron la habitación y se retiraron, llevando sólo las fotos y el equipo fotográfico.

Ya en la comisaría, Aberanda le ordenó a su asistente que buscara en la memoria de la cámara aquellas tomas de las que no hubiera copias en papel. Por su parte, ella revisaría las fotos incautadas.

Sin dudas, Joaquín Olites había sido un talentoso fotógrafo, interesado en captar un mundo extraño al que plasmó en imágenes góticas, impresas en blanco y negro. Entre tantas fotos, había un autorretrato en el que el vasco simulaba suicidarse introduciendo el caño de un revólver en su boca. El ojo entrenado de Aberanda detectó que el arma coincidía con la utilizada en los crímenes que estaba investigando. De inmediato, acompañada por varios integrantes de su equipo, regresó a la casa de Olites y -pese a la oposición de su madre- comenzó a revisar exhaustivamente la habitación del joven. Casi una hora después, la búsqueda dio resultados, el revólver estaba escondido en un hueco existente en el piso y tapado por una mesa de luz.

La comisario, personalmente, llevó el arma al laboratorio y permaneció allí esperando las conclusiones de los peritos en balística. Finalmente, le confirmaron lo que ella quería escuchar. Con ese revólver se habían cometido los dos primeros dobles crímenes de Castelar. Además, las

huellas digitales correspondían a Joaquín Olites.

La repercusión periodística de la noticia, transformó a Anahí en la mujer del día. No solo había identificado al asesino serial sino –además – confirmado su muerte.

Se trataba de un gran éxito, pero parcial. Zocas se había atribuido la autoría de siete crímenes, de los cuales solo cuatro habían sido cometidos por Joaquín. En consecuencia, aún estaba libre el asesino de las restantes tres víctimas. El vasco Olites pasaría a la historia como “Zocas UNO”. ¿Pero, quién demonios sería “Zocas DOS”?

A la mañana siguiente, mientras su jefa se paseaba por los canales de televisión saboreando las mieles del éxito, Rossini retomó la revisión de las imágenes almacenadas en la cámara fotográfica del asesino. Lamentablemente, no había encontrado nada relevante. Cuando ya pensaba en darse por vencido, en un bolsillo de la mochila que contenía el equipo fotográfico, encontró una pequeña caja con varias tarjetas de memorias. Colocó una de ellas en la cámara digital, la encendió y ya desde la primera imagen comprendió que su perseverancia había valido la pena. Esa foto era un autorretrato de Joaquín Olites envuelto en la bandera nazi: fondo rojo, con un círculo blanco que resalta la cruz esvástica negra. Las siguientes fotos parecían corresponder a algún museo, porque mostraban numerosos uniformes del ejército alemán, de la Gestapo y de las SS, como así también armas y condecoraciones del Tercer Reich.

Otra gran cantidad de fotos mostraban cuerpos tatuados con símbolos diabólicos, como la cruz invertida, el 666 y la cabeza de cabra, entre otros.

También había fotos de ceremonias religiosas: unas pertenecían al “Katholic Ku Klux Klan” y otras tenían la inscripción “IN NOMINE DEI NOSTRI SATANAS LUCIFERI EXCELSI”.

Sin lugar a dudas, las imágenes más crueles correspondían a sacrificios rituales de animales.

Finalmente, en una gran cantidad de fotos aparecía Ema Sanger. Y, las más reveladoras, mostraban a la pelirroja en la escena de los crímenes cometidos por Joaquín Olites.

Sin poder dominar su ansiedad, Rossini se comunicó con Aberanda, quien -ante las evidencias encontradas por su asistente – abandonó un set televisivo y regresó a su oficina.

Como su equipo ya estaba esperándola, en cuanto llegó, Anahí subió al patrullero y partieron todos hacia el domicilio de Ema. Al llegar al loft, detuvieron a la pelirroja y la llevaron a la sede policial, dejando a un agente de custodia en la vivienda.

Ema exteriorizó su rebeldía insultando y pidiendo a los gritos que llamaran a su abogado. Pero, en cuanto la metieron en una celda, sin testigos, la comisario la agarró de los pelos y juró arrancarle una confesión a la fuerza. Como no había notificado su detención, podía mantenerla encerrada hasta que se muriera de hambre.

Cuarenta y ocho horas después, aterrorizada, la joven se quebró y aceptó hablar.

Ya en su oficina, con la presencia de otra policía femenina que grababa el interrogatorio, Aberanda hizo todas las preguntas que creyó

necesarias y las reiteró hasta obtener una confesión completa.

Ema reconoció haber sido pareja de Olites, con quien compartía sus ideas políticas y religiosas. Ambos eran neonazis y adoraban a Satán. Eran miembros de una secta tan secreta que nunca llegaron a conocer a los otros integrantes, ya que sólo se comunicaban mediante mensajes codificados. Primero les habían ordenado construir un altar y lo habían hecho en su loft. Luego tuvieron que efectuar sacrificios rituales de animales. Finalmente, Olites había recibido órdenes de matar a una pareja de negros y otra de judíos. Pero luego de esos asesinatos, “el vasco” se había arrepentido y se sometió a un exorcismo para liberarse del demonio. Entonces “Satán” le ordenó a ella que lo matara, junto a la amiga carismática que lo había hecho renegar de la fé demoníaca. Por eso los había apuñalado con su daga ceremonial, en el Parque Gorki Grana. Finalmente, a Ema le ordenaron matar al taxista gay y lo había concretado junto a la cancha de Mataderos.

- ¿Entonces, Olites mató a cuatro personas y vos a otras tres?-
preguntó Aberanda.

- Sí –respondió la pelirroja.

- ¿Y porqué imitaban al “Zodiac” de California?

- No sé. Así eran las órdenes de “Satán”.

- ¿Gonzalo Gómez Rioja es miembro de la secta?

- No.

- ¿Y porqué te ayudó a enviar los mensajes atribuidos a Zocas?

- Porque le simpatizo.

- ¿Gonzalo estaba al tanto de los asesinatos tuyos y de Joaquín?

- No, él nunca tuvo idea de nuestra otra vida.

- ¿Nunca sospechó? ¿Nunca les preguntó nada al respecto?

- No. Nunca.

En cuanto Ema Sanger reiteró su confesión en sede judicial, la policía cerró el caso. A diferencia de sus colegas californianos, la bonaerense había logrado capturar al asesino serial. Con esta exitosa investigación, la comisario Aberanda resultó catapultada del anonimato al estrellato mediático. Por su parte, el asistente Rossini –contento como perro con dos colas- mojó el sello en la tinta de la almohadilla y ,con un golpe seco, lo estampó en la última foja: “CASO CERRADO”.

CAPÍTULO (XXXII) : FIVE O´CLOCK TEA

Cinco minutos antes de las 17 horas, Bustos y Domecq llegaron a la parrilla “Ruta 7”. Caron salió a recibirlos y Bustos le entregó una caja de bombones, mientras Domecq hacía lo propio con una bandeja de masas. La dueña de casa había preparado un típico té galés. En una mesa engalanada con un antiguo mantel bordado a mano y una fina vajilla de porcelana, había dispuestas una torta negra y una tarta de manzanas, acompañadas por unos riquísimos panes caseros con manteca y dulces patagónicos.

Caron los había invitado para disculparse por su negativa actitud inicial con respecto a la investigación que realizaron sus dos amigos. Basada en el anterior castigo recibido por Bustos, había temido un mal desenlace para la quijotesca tarea que querían encarar y –en su momento- intentó desalentarlos. Pero la realidad había disipado sus dudas. Primero, el pedido de colaboración efectuado por la comisario Aberanda. Y luego, porque las pistas suministradas por los dos veteranos habían posibilitado la captura de Joaquín Olites y Ema Sanger. Bustos y Domecq acababan de demostrar que aún estaban lejos de la vejez y conservaban una capacidad de observación, percepción y deducción propia de “*Sherlock Holmes*”. Ahora, Domecq se proponía volcar esa increíble experiencia en una novela testimonial. Por su parte, Bustos volvería a trabajar en la parrilla. Tantos acontecimientos positivos, bien merecían aquel festejo.

Con sincero interés, Caron quiso conocer los entretelones de la investigación, y sus amigos no se privaron del placer de contar sus logros. Todo había comenzado cuando Bustos vinculó los dos dobles crímenes de Castelar con los cometidos por “Zodiac”, en California. Luego, Domecq había concebido el arriesgado plan de enviar un falso mensaje atribuido a Zocas, buscando hacer reaccionar al verdadero asesino. También Marcelo, el malogrado hijo de Bustos, había tenido una importancia fundamental. En sus anotaciones, efectuadas en ejemplares de la revista “*Castelar Nuestro*”, había dejado una pista de nombres claves. “El vasco” y “la bruja” resultaron ser los asesinos seriales. “Rolo” era el buen amigo que logró convencer a Olites de someterse a un exorcismo para liberarse de la secta satánica. “Kuklux” era el lugar de reunión del triángulo amoroso que formaban “el vasco” Olites, “la bruja” Sanger y “pintita” Gómez Rioja. Éste último era, además, el dueño del bar.

Para Bustos y Domecq resultaba poco creíble que Gonzalo Gómez Rioja no hubiera estado involucrado en los crímenes ejecutados por Olites y Sanger. Es más, ellos lo imaginaban como el autor intelectual de esos asesinatos racistas. Lamentablemente, el interés político en mostrar el éxito policial había apresurado el cierre de la investigación.

La sobremesa del “*five o’clock tea*” se prolongó hasta entrada la noche.

Pendiente de la alimentación de sus gatos, Domecq estaba por retirarse cuando sonó su teléfono celular. Atendió, y fue entonces cuando escuchó una voz metálica y distorsionada que le decía: - Soy Zocas y voy por ustedes.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Jorge Colonna, Castelar, Noviembre 2014

“LOS CRÍMENES DE CASTELAR”

ÍNDICE

CAPÍTULO (I):	GATILLO FÁCIL	1
CAPÍTULO (II):	UNA HOJA EN LA TORMENTA	2
CAPÍTULO (III):	ATRAPADO SIN SALIDA	4
CAPÍTULO (IV):	DOBLE CRIMEN	7
CAPÍTULO (V):	CARON JONES	9
CAPÍTULO (VI):	MATE AMARGO	11
CAPÍTULO (VII):	EL BORRACHO	13
CAPÍTULO (VIII):	GEMELOS ASTROLÓGICOS	15
CAPÍTULO (IX):	ZOCAS	16
CAPÍTULO (X):	SANCHO	18
CAPÍTULO (XI):	EL CRIMEN DEL PARKING	20
CAPÍTULO (XII):	TRES MOSQUETEROS	21
CAPÍTULO (XIII):	AMENAZAS	23
CAPÍTULO (XIV):	CASTELAR DIGITAL	25
CAPÍTULO (XV):	LA COMISARIO	27
CAPÍTULO (XVI):	EL SOSPECHOSO	29
CAPÍTULO (XVII):	OTRO DOBLE CRIMEN	31
CAPÍTULO (XVIII):	EN LIBERTAD	33
CAPÍTULO (XIX):	COUNTRY MAJESTIC	35
CAPÍTULO (XX):	CARTAS DE LECTORES	37
CAPÍTULO (XXI):	PISTA PIRAMIDAL	40
CAPÍTULO (XXII):	SECTA SATÁNICA	42
CAPÍTULO (XXIII):	SALES CONSULTING	44
CAPÍTULO (XXIV):	KUKLUX	45
CAPÍTULO (XXV):	CUARTO CRIMEN	48
CAPÍTULO (XXVI):	ZORRO VIEJO	51
CAPÍTULO (XXVII):	LA PELIRROJA	53
CAPÍTULO (XXVIII):	EXORCISTAS CARISMÁTICOS	56
CAPÍTULO (XXIX):	EL FISCAL	58
CAPÍTULO (XXX):	INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA	60
CAPÍTULO (XXXI):	EL VASCO	62
CAPÍTULO (XXXII):	FIVE O’CLOCK TEA	64